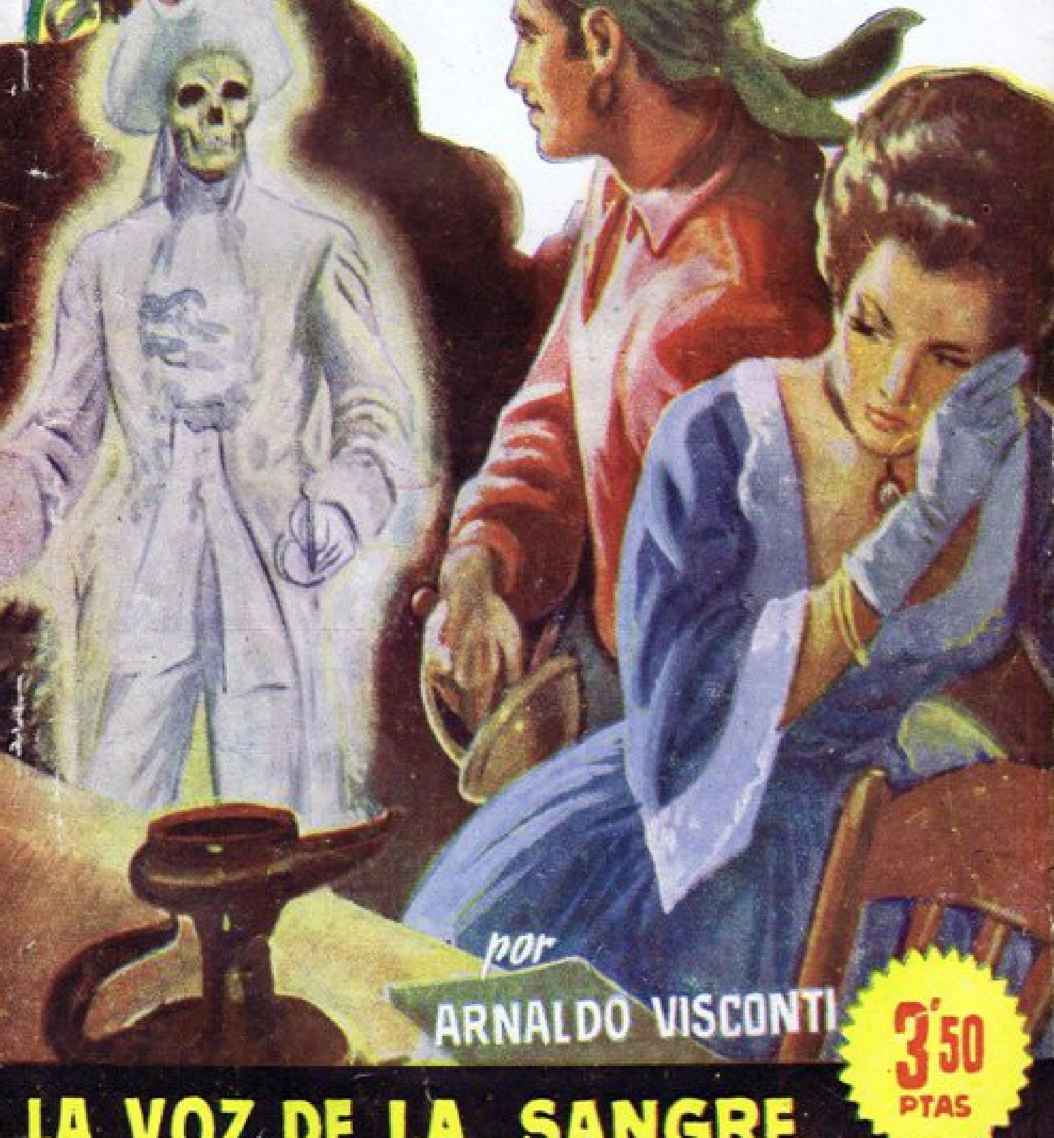
EL PIRATA NEGRO

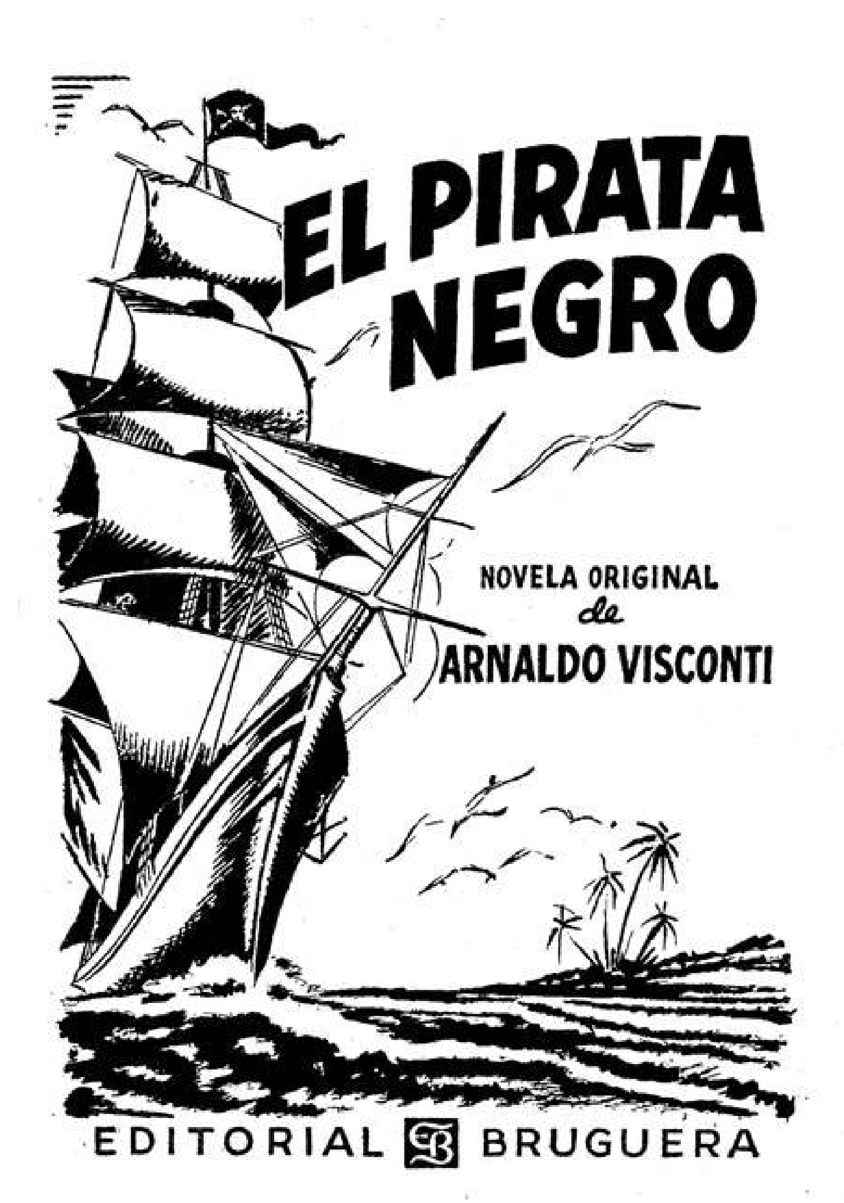


por

ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

LA VOZ DE LA SANGRE


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La voz de la sangre

Colección El Pirata Negro n.° 65

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


LA VOZ
DE LA
SANGRE

CAPÍTULO PRIMERO

Estilos personales

El escritor subrayó con trazo nervioso el epígrafe que acababa de moldear con letras mayúsculas, y, echándose hacia atrás, contempló el intitulado prometedor:

“RELACIÓN SUCINTA DE ANTECEDENTES Y DEL DESCUBRIMIENTO DE LA ODIOSA CONSPIRACIÓN FRAGUADA POR VÍBORAS EN EL CÁLIDO SENO DE LA PATRIA GENEROSIDAD.”

—Rimbombante —comentó, a media voz, el propio autor.

Pero era difícil que Alfredo Huarte pudiera ya liberarse de su fácil y personal estilo de creador, redactor y propagandista de La Voz del Hurón, la gacetilla audaz que desenmascaraba felonías y ensalzaba laudables acciones allá en la ciudad de Puerto Colombia, ribereña con el Caribe.

Mojó de nuevo la pluma de gruesa punta, y escribió bajo el epígrafe, con letra redondilla:

> “Narrado por Alfredo Huarte, gacetillero, en misión de confianza eventualmente realizada en la señera ciudad de Santa Fe de Bogotá a 28 de octubre del año fausto de 1722."

Maese Huarte era meticuloso en un aspecto: no aceptaba por veraces informes que no considerase fidedignos.

Pero en cuanto a su método de escribir, era un desorganizado que convertía en laberinto intrincado cuanto le rodeaba. La habitación que ocupaba en la Sala de Estandartes del destacamento

de Fuerzas del Tercio de Flandes, en la ciudad colombiana desparramada por la altiplanicie, había sido castrense por su pulcritud.

Pero habían bastado dos días para que el ordenanza encargado de la limpieza echara pestes al entrar y disponerse a poner orden en la caótica visión que se le ofrecía.

El mismo ordenanza sonrió complacido cuando el menudo y endeble gacetillero anuncióle dogmáticamente:

—Nadie limpia ni toca el menor papel ni espanta moscas en la madriguera donde El Hurón digiere sus manjares y elabora sus planes.

Y, para aclarar, añadió, perentorio, maese Huarte:

—Para vuestros alcances, brioso milite de escoba en mano, entended con ello que quiero significar que mi desorden es orden donde yo me entiendo. Y… traedme cordilla.

El ordenanza ya no se asustaba de nada, porque hacía tres años que estaba al servicio de oficiales del Tercio.

Trajo en bandeja la cordilla solicitada, y maese Huarte intimó prontamente con el gato que había elegido, porque era viejo, huraño, y soltaba bufidos amenazadores cada dos por tres.

Ahora, mientras su pluma permanecía humedeciéndose en el tintero, y él trataba de poner orden en su cerebro para relatar sin ser abundoso no obstante ser claro, fué mirando a su alrededor cuantos enseres ocupaban la habitación.

Confidencialmente, el ordenanza había definido lo que estaba viendo complacido maese Huarte, diciéndole a otro soldado:

—Sueltas una gorrina allí dentro y es incapaz de encontrar a sus crías, y luego sale de estampía apretándose la nariz, recogiéndose el rabo para no mancharse.

Del mal olor tenía culpa el gato roñoso y colérico, que ahora, sentado encima de dos libracos, ojeaba críticamente al que acababa de servirle nutritiva ración de cordilla.

Con nostalgia del “Zipizape” que había dejado vagabundeando por los aleros de la buhardilla madrileña, maese Huarte monologó con el gato, porque en pueriles desahogos con animales el bondadoso sujeto iba consiguiendo ordenar sus pensamientos:

—El Creador te hizo a semejanza del tigre, para que el hombre tuviera la ilusión de jugar con el rey de la selva. Me deleita tu

orgullo arisco de egoísta inteligencia. Eres malvado, gato. Ingrato y grosero. Tu felina indolencia es pérfida, porque siempre estás dispuesto a arañar. Mientes cuando finges querer caricias. Es tan solo porque te pica el lomo o el cuello, y tanto te da que sea mi mano la que te alivie la comezón, como la pata de la mesa. Pero eres imagen de mi peor enemigo: el hombre que cree ha venido a la tierra para medrar aupándose sobre las encorvadas espaldas de los buenos. ¡Guerra y exterminio contra los hombres-gato!

El gato bostezó ampliamente, lamiéndose después los bigotes, ladeando la cabeza. Y en sus verdosas pupilas malignas alentaba una luz de diabólica burla, como sí se compadeciera de aquel infeliz que le daba de comer.

—Esta noche soy feliz, amigo gato, que por animal te perdono. He servido a mi patria y a la buena causa. Ahora debo tratar de perfilarme escribiendo, porque me va a leer un solo lector... Y te diré, amigo gato, que este lector me impone temblorcillos. Soy cobarde. No nací para empuñar espada, y fustigo con la pluma. Mi lector, que es vecino de alojamiento, es nada menos que el conde Ferblanc. ¿No bufas ni se te eriza el pelo? He citado al león plateado... Muchas veces me he puesto a pensar de qué arcilla estarán hechos hombres como el conde Ferblanc, que matan con la misma facilidad que tú bostezas... ¡Zas!, y hunden el acero en pecho enemigo, lo sacan tinto en sangre, y van por otro... Y duermen tan tranquilos. Claro que el conde Ferblanc lucha por la causa noble... Es mi gran jefe, pero posee un estilo personal chabacano, enjundioso si quieres, pero agresivo. Muerde al hablar, y, si sonríe, parece que se prepara a cortarte el cuello. Pero es noblemente generoso... De esa arcilla de hombres que echan a juego sus propias acciones buenas, como si les avergonzara ser leales a la cuna materna, que todo hijo de madre debe ser...

Se detuvo maese Huarte porque el gato, desperezándose cuan largo era, arqueó el lomó, volvió a bostezar y saltó de la mesa, para salir al exterior, donde la luna plateaba el patio del cuartel.

El gacetillero mojó la pluma de nuevo, y escribió rápidamente:

> "Por si tuviera el honor de ser leído por mente preclara, a la cual no deben recalcársele los hechos, procederé a ser escueto en la medida de lo posible.

”Relato que os destino, conde Ferblanc, con la esperanza de haberos servido a cabal honor. Y si publicado fuera, sépase que mi único mérito estribó en dilucidar de las humanas opiniones verbales las menos contaminadas de los feos vicios tan extendidos de envidia, calumnia y rencor.

”Y séame permitido como prefacio estampar la máxima del conde Ferblanc, espejo de caballeros que rompen siempre lanza en pro del desvalido: “Si la humanidad, cuando no supiera de qué hablar, callase, menos males nos aquejarían. Y también, si cuando somos preguntados, en lugar de dar siempre respuesta para no pecar de ignorantes, contestáramos, como el filósofo romano-cordobés, que nada sabemos de nada, habría menos tuertos por ungüentos nocivos”.

”Fuí llamado por el conde Ferblanc, que, disponiéndose a organizar en la Costa Dorada una flota a semejanza de la Legión del Mar, que ha limpiado el Caribe de toda escoria abisal e infrahumana, deseaba ser enterado de cuanto digno de mención ocurriera en Santa Fe de Bogotá.

”Que para citar de nuevo frase del conde Ferblanc: “Tanto el jefe como el criminal deben cuidar del punto más difícil en toda labor: tener las espaldas seguras o la retirada cubierta, que dar el golpe siempre es fácil, y no tanto evitar puñalada trapera o zarpa de corchete”.

”Mi labor como gacetillero me hizo competente para saber discernir entre los miles de rumores que por doquier circulan como caudaloso río.

”Esta bella Costa Dorada abunda en leyendas, algunas veraces. Día vendrá en que los que con la pluma comen montarán en el tinglado de la eterna farsa la pantomima diaria.

”Soy precursor, y, para mejor entendimiento de los hechos, presento los personajes de esta tragedia que se movían hasta ahora entre bastidores, y su ambiente. Es el ambiente el misterioso lugar designado por “Aguas 'Revueltas”, y, como en toda narración verídica, hay

personajes malos y personajes buenos.

”No quiero intrigar. Podría descubrir a los malos después de muchos circunloquios, pero es tal mi afán de desenmascarar a los que son tanto más temibles, cuanto que se parapetan tras aparente dignidad, que estampo los nombres de los cuatro personajes-víboras: Froilán Duque, barón de la casa de Trévora; Cresilda López, hermana del banquero; Gregor Fedoropoulos, un desconocido griego, y la maligna, por nadie conocida, que es apodada la “Sirena Fatal”.

”Son personajes buenos y engañados o a punto de sucumbir a engaño: Fadrique Menéndez, secretario del gobernador, y éste mismo. No tan buena es Nereida Gallardo, la adolescente que a temprana edad es maestra en coqueterías.

”El Mal es siempre castigado, y cuando la acción de la justicia se demora débese a la calidad del genio al servicio del Mal. Froilán Duque, débil ante los arrumacos de Nereida, es talento infernal al servicio de potencia extranjera que no vacilo en señalar con la pluma: Holanda.

”De todos es sabido que los holandeses, al igual que ingleses y galos, desearían meter haza en tierra que ha sido regada, y lo es a diario, por generosa sangre española. Por la fuerza de las armas les sería imposible. Acuden a mejor artimaña, y ya Holanda ha empezado. Atacar de frente, seria temerario, que el león español dormita si no es hostigado, pero ruge y destroza si le zahieren.

”“Aguas Revueltas”: el ambiente. Abundan a lo largo de la Costa Dorada piratas y aventureros del mar. No declaran, como se estilaba en el Caribe, su criminosa profesión. Holanda ha sacado provecho de las revueltas aguas que bañan la Costa Dorada, donde ambiciona sentar las plantas.

”Por medio de su agente Gregor Fedoropoulos, residente en el puerto de Buenaventura, ha ido reclutando capitanes, los cuales, con sus tripulaciones y naves, van

agrupándose en el paraje misterioso designado específicamente por “Aguas Revueltas”. Hay quien dice que es cadena circular de escollos rodeando lagunajo donde pueden mojar carenas una veintena de bajeles, y cuya entrada es ambigua y sólo conocida por el propio griego y los que han firmado con él pacto de alianza, encaminado a fingir ataques contra poblados españoles.

”Escribo fingir, porque si bien los capitanes tienen consigna de matar sin misericordia, lo harán dejando huellas de incursión pirata, aunque pagados estén, además del botín, con oro holandés.

”La finalidad es notoria: España ha perdido sus mejores hombres en la tarea de pacificación que aun continúa al interior de este vasto continente. Quéjanse en Madrid de que muchos personajes de alcurnia han perecido sin descendencia en esta tierra. Bastaría que un prohombre, fuera de toda sospecha, informara a la Corte Real de que siguen en creciente aumento los ataques piratas, para que decidiéranse los tesoreros a invocar el buen precio que por cesiones pagaría Holanda.

”Ese prohombre es Froilán Duque. La conspiración fué bien elaborada; Cresilda López, hermosa de reputada honestidad y grandes caudales, enamora a Fadrique Menédez, secretario, enterándose por él de cuanto le interesa saber sobre el movimiento de agentes espías que el secretario destina a tratar de averiguar el paradero del lugar llamado “Aguas Revueltas”.

”Es también Cresilda López, Minerva doblada en Mercurio, la que aconseja al viejo y poco agraciado Froilán Duque, que haga la corte a Nereida Gallardo, porque ésta, espíritu agudo, está al corriente de todo rumor venenoso.

”Quedan, pues, los principales actores en posesión de los resortes. El muelle es Gregor Fedoropoulos, y la boca del cañón es “Aguas Revueltas”.

”Pero falta atar un cabo. El gobernador sospecha de Froilán Duque o de Fadrique Menéndez. Para tratar de saber a qué atenerse, ponen en el camino del gobernador

a la “Sirena Fatal”, mujer que, al decir de los más, es fascinante y domina rindiendo voluntades del más reacio a sucumbir a femenina tentación.

”¿Quien es la “Sirena Fatal”? Podrá quizá el gobernador contestar a ello. ¿Dónde está el lugar llamado “Aguas Revueltas”? Gregor Fedoropoulos lo sabe. Toda esta inmunda conspiración he podido descubrirla atando cabos sueltos y escribiendo estoy cuanto sé con certeza, ya que siguiendo al traidor Froilán sin que él se percatara pude oírle dialogar con Cresilda López. Se dieron cita en una casa del exterior, perteneciente a una india llamada Lucero. No vi ni oí más, porque exponía no ya sólo mi vida, ofrecida en holocausto a mi patria con voluntariosa satisfacción, sino también el secreto que mi buena estrella me puso en camino de averiguar.

”Firmo y rubrico,

”Alfredo Huarte.

”Destinado privadamente, salvo mejor opinión, a ser leído por el conde Ferblanc.”

Tenía maese Huarte por costumbre no releer nunca lo que escribía, que pulir era insincero, afirmaba, y si de la pluma brotan errores, perdonados nos sean, añadía, en pro a la candidez del que no rebusca ni engaña, vertiéndose en el albo papel.

El “albo papel” convirtióse en polvoriento mientras maese Huarte esparcía ceniza, Sopló, y, ya desahogado, dedicóse a confortarse con las dos nuevas usanzas que constituían en él vicio, y que había contraído en la Perla Española: beber una infusión de hirviente agua ennegrecida por un grano molido que se cosechaba en terrenos llamados “cafetales”, y chupar de unos cilindros alargados compuestos de hojas de color pardo obscuro que los indígenas llamaban “tobago”.

Denotaba costumbre el modo en que maese Huarte introdujo en el pequeño hogar abierto en la pared destinado a fuego de leños, un

montón de papeles prendidos en llama, la cual, comunicándose a la viruta, propagóse a las largas astillas colocadas bajo una olla colgante.

La olla empezó a borbotar con gorgoteos monorrítmicos, mientras maese Huarte, tomando un cilindro de "tobago", lo prendió por una punta y exhaló humo por las narices.

—Humanos extravíos —monologó, echando de menos al gato—. Este humo me pica la garganta, me da mareos, me hace llorar los ojos, me raspa la lengua, y, sin embargo, me conforta y aploma, que necesidad tengo ahora que voy a verme ante el personal estilo del conde Ferblanc, que por vez primera me leerá. En cuanto al negro grano molido y requemado dentro de tambores atravesados por brochas, no tiene gusto sabroso, pero despeja mi mente, aclarando mis ideas. Mortifico mis narices, no le doy gusto a mi paladar, y, sin embargo, ya no puedo privarme de esas dos pócimas, que, mucho me engaño, o se convertirán en universales.

Echó el molido café en el agua hirviendo, y, soplando en la olla, fué tomando el líquido con cuchara de palo. Era feliz; había servido a su patria...

Sólo un punto sombreaba su horizonte placentero: tenía que verse con el conde Ferblanc, y no podía dominar un temor siempre renovado al pensar que el león plateado iba a juzgarle.

Saltó en pie cuando rasgaron los ámbitos del caserón anunciando la entrada del "huésped de honor" clarines vibrantes en marcial llamada, acompañada de un seco redoble de tambores.

—A ello, Alfredo —dióse ánimos el gacetillero, como el condenado que se dispone a enfrentarse con severo verdugo.

Y poco después daba con los nudillos tímidos golpes en la puerta por donde acababa de entrar el conde Ferblanc.

—Avante quien sea —gruñó una voz autoritaria.

—Soy yo, señor conde —presentóse maese Huarte—. Si os importuno, volveré mañana a la hora que ordenéis.

El Pirata Negro tenía del desmedrado sujeto un concepto inmejorable: le consideraba ejemplar raro de bondad dispuesta al martirio con tal de mejorar a la humanidad, y un valiente porque, constantemente amenazado con palizas o peores atropellos por los poderosos desenmascarados, sobreponíase al miedo físico, continuando en su loable tarea con energías conmovedoras en

hombrecillo de tan ridículo aspecto.

“Una liebre con antiparras”, volvió a pensar el Pirata Negro, al ver al gacetillero. Y, por secreta diversión, acentuó el ceño malhumorado, porque le causaba regocijo ver la satisfacción con que el gacetillero acogía sus elogios, que tanto agradecía, por la fama de parco en alabanzas que tenía el “León Plateado”.

—Ya que estáis aquí, maese, colocad las posaderas en ese escabel, y dejadme que me ponga cómodo. Me revientan esos trompeteros que me dan saludo de clarines. Al parecer, quieren decir, con su metálica voz, que soy yo amante de prosopopeyas. ¡Y vos también me reventáis, voto a sanes! —fulminó el Pirata Negro, repentinamente.

Encogióse Alfredo Huarte al bordo de su escabel, resbalándole las antiparras hasta el extremo de la sudorosa nariz... Ya se acercaba el temible momento: una de aquellas cóleras frías proverbiales en el jefe de la Legión del Mar y que hacían temblar a los sacados de presidio.

Una cólera que podía traducirse en manotazo..., aunque el león no tenia fama de agredir a quien no pudiera decentemente hacer un amago de defensa.

Y por eso Alfredo Huarte se defendió simbólicamente manoseando el largo papel escrito.

—Me reventáis, porque siempre que os echo el ojo encima sudáis y estáis como lechón sobre brasas. Sois un apocado, maese Huarte, y un mequetrefe.

—Si, señor conde —admitió sinceramente el escritor, que con la afirmación no trataba de apaciguar, sino de reconocer lo fatalmente evidente.

—Bien, y ya que de acuerdo estamos, veamos si lo estaremos también sobre las causas que aquí os traen cuando me disponía a meterme entre sábanas. .

En mangas de camisa, el Pirata Negro husmeó el aire,

—Antes que me digáis a lo que habéis venido, maese, tened la bondad de aclararme si sabéis lo que es un cuerpo graso llamado jabón de brea y un elemento líquido llamado agua. Echáis peste a humazo de hoja quemada y a líquido negro de café, amén de sudores y roña que vuestro gato sarnoso os comunica. Mañana, al amanecer, os echaré abajo del camastra y vais a venir conmigo a la

alberas y en cueros vivos os remojaréis como garbanzo en cocido, mientras, si es preciso, llamo al más fornido de los que lavan caballos, para que os frote los lomos con cepillo de púas. ¿De cuándo acá os figuráis que el oficio de escritor supone almacenar mugre?

—Escaso tiempo tengo, señor conde, para atender a mi aseo. Yo velo por el aseo de las almas, y descuido mi limpieza corporal, pero trataré de enmendarme.

—Como sé que sois amante de citar frasejas que me uso, anotad en vuestro serrín dos nuevas apropiadas al aseo. Los griegos aseguraban que la mente sana procedía de un cuerpo sano, y, en cambio, los egipcios perjuraban que quien mucho lavara sus miembros, pretendía con ello intentar en vano quitarse lacras que sus emponzoñadas almas destilaban. O sea, que para los faraones el sucio era hombre de limpia alma. Pero mi propia experiencia me hace admitir que el jabón y el agua sólo resultan saludables para el cuerpo robusto, y, en cambio, la mugre recubre de natural abrigo la anatomía del que está obligado a poco lavarse para más trabajar filosofando en bien de los demás. Y vayamos al bicho. Espero que no habréis tenido la osadía retadora de venirme a leer poesías cantando el arco lunar que la espina de vuestro gato dibuja encima de los tejados.

—Suplico tengáis a bien percataros de cuanto aquí he estampado para vuestro servicio, señor conde.

—Largo es el escrito, y corto mi tiempo cuando me llama el lecho, sede placentera del justo varón.

Y, habiéndose ya divertido bastante, procedió el Pirata Negro a leer cuanto acababa de escribir Alfredo Huarte, que mientras duró la lectura pasó por distintas alternativas, según fuera el ceño o la sonrisa lo que modificase el rostro bronceado del lector.

El Pirata Negro volvió a enrollar el papel.

—Maese Huarte, os aprecio, amigo mío, porque sois un conejo valiente, cualidad de más mérito, puesto que los conejos nacieron para pastar y esconderse, y vos estáis siempre buscando camorra con la pluma. Maese Huarte, vais a beber una copa de vino conmigo. Un vinillo que sólo reservo para contadas ocasiones.

Mientras escanciaba Lezama el vino, esponjábase el gacetillero, enajenado de alegría. Bebió poniéndose en pie y alzando su copa,

que sólo llevó a los labios cuando hubo bebido el anfitrión.

—Es vinillo de hidromiel y canela. Os felicito, maese. Pero en lo sucesivo no me tributéis tantos elogios, porque soy modestísimo de tan hinchado que estoy de orgullo. Falta tan sólo un detalle a vuestra relación.

—¿Cual, señor conde? —indagó, afanosamente, Huarte.

—Dibujar el camino que conduce a la casa de la india Lucero y señalar el emplazamiento de la casa. ¿O queréis servirme de guía?

Envalentonado por el vino generoso y de efectos rápidos, Alfredo Huarte alzó la barbilla.

—Con vos, al mismo infierno entro, señor conde.

—No tan lejos voy yo. Si al infierno vamos, os dejaría pasar primero. Coged esas dos pistolas...

—¡Líbreme el Cielo! Nunca usé armas, señor conde.

—Vos me esperaréis en las afueras, y con esos dos armatostes podréis defenderos, si, como supongo, hubiera gente apostada. Quiero añadir una coletilla a vuestra narración: explicar cómo vos fuisteis mi ayudante en la misión de aplastar a los que negocian con la sangre de sus confiados paisanos.

Cogió Alfredo Huarte las dos pistolas con denodado valor, aunque las mantuvo prudentemente con el cañón hacia el techo.

—Vayamos a visitar a Froilán Duque y a la remilgada Cresilda. Es el primer paso para limpiar los abrojos que ocultan la senda que conduce a “Aguas Revueltas”. Notad, maese Huarte, que os hablo al estilo de vuestras crónicas..., y me temo que si oyerais lo que me dispongo a decir a los conspiradores, no podríais reproducirlo.

El manso caballo en que montó Huarte siguió dócilmente el trote del brioso potro cabalgado por el Pirata Negro.

Y, al salir de la ciudad, púsose al frente Alfredo Huarte, al indicárselo con personal estilo el Pirata Negro:

—El que guía va delante, maese, que la parte trasera de mi penco no puede leer vuestras señales.

—Aquella es la casa, señor conde —dijo poco después Huarte, al cual el frescor de la noche había disminuido los arrestos.

—Quedad allá entre los robles. Y por si lo ignoraseis, maese, recordad que eso que lleváis al cinto echa el plomo por el agujero y no por la culata. Hasta después.

Tomó carrera el Pirata Negro, obligando a su caballo a saltar la

empalizada que rodeaba la casa de Lucero, la “Sirena Fatal”..., la india que enamoró al agente Álvaro[1] para apuñalarle cuando consideró que podía ser peligroso por sus informes, y que había ejercido ya su seducción en el sensible galán que era Ramiro Luances de la Gándara, el gobernador.

Los cascos del caballo no resonaron, porque afianzáronse en césped tupido. Poco después, saltando al suelo, desmontó Lezama para atravesar dos salas y abrir de un puntapié la puerta tras la que oíanse dos voces en diálogo.

La puerta abanicó violentamente... Alrededor de una mesa, cuatro personajes, alarmados por la brusca irrupción, miraron con fijeza al que apoyado ahora contra la inmovilizada batiente, y cruzados los brazos, dijo, sonriente:

—Buenas noches, caterva de buhos.

—¡Cuidad lo que decís, conde —exclamó Froilán Duque —, ¿Quién os dió venia para entrar aquí y renovar la triste verdad de vuestras actitudes de grosera insolencia?

—Aquí estoy porque me da la gana, y le parto la boca al que rechiste. ¿Estamos? Y todo sea dicho con el mayor respeto. El que rechiste sin que yo le pique espuela, liará méritos para que le injerte un plomo en las muelas.

Capítulo II

Diego Lucientes discurre y Tartar sigue intentando disipar tinieblas...

En un rincón boscoso, donde las raíces de los árboles, ejército en acecho frente al mar, asomaban a trechos en la blanda arena, una cala natural abríase en concha que guardaba en su seno agua esmeraldina de pura transparencia.

Era un trozo del accidentado litoral que al sur del puerto de Buenaventura se prolongaba en crestas, golfos y promontorios.

Tres hombres hallábanse en dispares posturas, mientras dos caballos hocicaban el suelo, desdeñando la salitrosa hierba, ahítos ya.

Uno de los tres, coloso exótico, de triangular rostro, donde los redondos ojos semejaban pupilas de colérica lechuza, estaba reuniendo las bridas colgantes de los caballos, arrollándolas alrededor de su brazo diestro, voluminoso y membrudo.

El más cercano a él, el pelirrojo madrileño Diego Lucientes, estaba riendo silenciosamente...

Y algo más lejos, sentado en peñasco cuya base de escasa altura mojábase en el ir y venir de las olas suaves que apenas rizaban la superficie, Cheij Khan adoptaba impensadamente la postura del clásico pensador, aunque no fueran disquisiciones de envergadura humanitaria las que embargaban su mente.

Tartar resultó aún más detonante cuando los dos caballos, con el instinto que les advertía que aquel ser bípedo arriaba a los llamados injustamente irracionales, apoyaron las anchas mandíbulas en los amplio hombros del tártaro.

Y el cuadro así formado per el coloso, tras el cual los dos caballos rumiaban pacientemente restos de hierbajos, hizo que

Diego Lucientes cesara de reír.

—Hay una fuerza natural en vuestras tres cabezas, Tartar. El caballo es bravo, leal y noble..., aunque los hay resabiados y con más malas ideas que Caín. Tú tienes la aparente estolidez de un hombre que sólo tiene músculos, Tartar. Pero, como me advirtió el capitán Cheij, eres un taimado cazurro, dándotelas de pobrecillo loco. ¿Sabes por qué me reía antes?

—Te citó alguna vez mi capitán, señor. Envidiaba tu sana inclinación a reírte de todo, y hasta recuerdo que comparó tu carácter al del que, herido de muerte por un puñal, sólo piensa que la punta fría del acero le causa cosquillas.

—Reír es muy nutritivo, Tartar.

—Los de mi raza no saben reír, señor, porque les inculcan la falsa idea de que mover el rostro en mueca es sólo propio de niños, mujeres y simios.

—Niño fuí, de mujer nací, y de simio todos tenemos algo. Me reía, Tartar, porque te comparaba a un saltamontes. Ese animalillo de las praderas que tan pronto brinca a la zaga como a la zurda. Así eran tus preguntas recientes.

—El saltamontes, señor, tarda en llegar, pero llega, aunque sus brincos tengan poca inteligencia. Y ya que tú te dignas darme cordial charla, quiero que sepas que yo, pobre de espíritu, deseo que en mi capitán se sobreponga la buena ley de tu influencia.

—¡Carape!.. Si tú eres pobre de espíritu, yo soy Abderramán “el Calvo”. No nos oye el capitán Cheij, y por eso quisiera saber qué concepto te formas de él.

—Un jefe por cualidad de raza y nacimiento. Pero hay nieblas en su cerebro, y a tientas intenta avanzar, eligiendo el mal, como el niño abandonado que pisotea las flores que se le brindan al paso, porque anhela un cariño que le es negado.

—Bien estuvieron los persas cuándo te eligieron por almirante, Tartar. Y a mi modo de ver las cosas, ¿sabes lo que les ocurre a los que con niños andan?

—Lo que a los que se sientan sobre barril de pólvora. Si saben apagar la mecha, están bien sentados.

—Esperemos, pues, que el barril de pólvora no estalle, que mala espina me dan las meditaciones de tu capitán. Lo cierto es que tú y yo no pensamos dejar, si posible nos es, que la mecha se encienda.

No es Cheij Khan de la raza de aventureros que en el mal pueden hallar sosiego para su atormentado espíritu. Y con cuanto hemos parloteadeo, creo que dicho queda, que nos entendemos, y que no sólo las espaldas, sino los pasos debemos vigilar del que andando a solas, podría convertirse en feroz e implacable pirata que asolaría mares y costas, dejando tras sí estela de lágrimas y maldiciones de moribundos. Y como lo trágico me empacha, déjame ver si Cheij Khan me quiere hacer partícipe de sus pensamientos.

Dirigióse Lucientes a la orilla, dibujando con la puntera de una de sus botas arabescos en la húmeda arena.

Cheij Khan salió de su ensimismamiento.

—Quiero recuperar mi velero. No por afán de navegante, que aun el mar no me ha embrujado como dicen hechiza a los que largamente lo surcan. Por afán de domeñar a los que se atrevieron en mi ausencia a declararse en rebeldía. He pensarlo en varios procedimientos para lograr el oro que de salario sirva a los aventureros que enrole con el fin de seguir por tierra el rumbo del “Islam” pregonado por el rumor.

—Fácil es seguir tal rumbo. En las Américas existe la deplorable costumbre de hacer saber a todo bicho viviente que hay horcas preparadas para cuantos no se presenten voluntariamente ante jueces, después de dos meses de fijados edictos donde se especifican las características de los barcos incursos en delito de piratería. Pero debes pensar en una posibilidad, Cheij.

—¿Cuál?

—Tus mahometanos pueden sentir añoranza de mares suyos, y de las huríes, esas odaliscas tumbonas que sólo por relatos conozco, pero que se me antojan plácidas rumiantes.

—No irán a sus mares antes de intentar varios saqueos, porque la ocasión de ganar el paraíso se les ofrece estando en litoral de infieles. Yo sólo podría triunfar e imponerme a los joasmes, pero el proverbio dice: “Tropieza el que, picado por pulgas, se enfrenta con ratas”.

—Yo de proverbios ando escaso, pero de visual ando pasablemente. Subir a bordo del “Islam” nosotros tres sería exponerse de balde. Mejor acepto tu primera idea de agrupar cincuenta espadachines, que por estos lugares abundan como caracoles tras mojadura.

—Esta es la Costa Dorada y hay oro. Pero me repugna descerrajar cofres de mercaderes timoratos, o asaltar carrozas. ¿Compartes mi parecer?

—Lo comparto, no por cuestiones de ética, sino por razones prácticas. El cofre que parece reventar de monedas, a lo mejor contiene ropas sucias, y las carrozas, las más de las veces, unas valijas con poco pienso. Pero, además, muchacho, debemos velar por nuestro buen renombre. Consiento en ser bandido, que ya me estaba pesando tener que vivir como un Juan Lanas, pero hay categorías. Reventar un cofre o asustar a damiselas viajeras, es vergonzoso.

—¿Cuál es, pues, el medio que discurres para obtener prontamente oro con que pagar a escuadrón de mercenarios, bien ensillados y armados?

—Yo siempre estimé que en el código debiera haber menos dureza para el que delinque haciendo gala de ingenio o habilidad, porque la brutal perrería está al alcance de cualquier can. Ahora bien, si yo, y es un suponer poseo una habilidad que me costó largos años, y a veces palos, el adquirirla, y la empleo para burlar a los que pretenden aprovecharse de mí, merezco recompensa... Pero, ¡ah, Humanidad!, los artistas somos siempre vejados y poco considerados. Pongamos por ejemplo al tahúr.

—¿El que trampea por ágiles manos en el juego de naipes y dados en mesas de posadas?

—El tahúr es un artista que, no fiándose de la caprichosa baraja, la vuelca a su acomodo. ¿Por qué, si necesita un as, habrá de esperar que la ciega baraja se lo dé? Y los que allí piden naipes, van dispuestos a desvalijar al otro, confiando en la propicia suerte, o también en la habilidad. Por lo tanto, el tahúr es un bandido artista, ante el cual me descubro.

—Yo no gusto del naipe, que es azar, y éste merecería nombre de mujer casquivana.

—Pero puedes ser punto.

—¿Qué es?

—Si el tahúr siempre gana, empiezan las suspicacias, y entonces da asco jugar, porque con los ojos le registran a uno hasta lo profundo de las orejas. Pero si el tahúr tiene un amigo, de buen ver, magnífico porte y fuerte apostador, que deja monedas a chorros

para recogerlas dobles, ya se alejan las suspicacias de los demás, apartándose del tahúr. Supongamos que el punto eres tú, y yo soy el tahúr. Te daría cartas de las buenas, apostando fuerte contra ti, para que te llevaras las ganancias.

—No pasa de ser mera suposición.

—Es que no lo es.

—¿Acaso tú entiendes de barajas?

—Bastará que te diga que, siendo un mamoncete de once meses, le gané todos sus ahorros a mi nodriza, jugando al mus. La dejé tan exhausta en todos los sentidos, que ya sólo sirvió para ama seca. Lo cierto es que me fueron creciendo los dientes, gastándome las yemas en revolcar naipes...

—Poco puede ganarse. Deberíamos esperar la llegada de ricachones derrochadores.

—En Buenaventura, en la parte alta, hay un centro de reunión de todos los que están sobrantes de caudales. Se reúnen invitados por la señora propietaria, la cual tiene a gala ser la que lleva la vara alta en cuanto signifique diversión exquisita. Me enteré buscándote, y hasta allí entré, invocando mi amistad con... el conde Ferblanc. Podríamos entrar, y allí fácil me sería echar las redes, porque abundan los peces gordos. Una semana de asiduo arte y tendrás el oro para enrolar.

—Sea. Caso de que te sorprendan trampeando, ¿cuál puede ser tu castigo?

—Abunda el juego en estas cálidas comarcas. Y como son poco amantes de reconocer el arte allá donde se oculta, la ley criolla castiga al tahúr con el corte de la mano diestra, y una marca en la frente en forma de aspa. Un riesgo que hace más admirable el perfecto dominio del arte.



—¿Entiendes tú de barajas?

—Riesgo que no correrás, porque no consentiría que nadie pudiera decir que, estando yo presente, te llevaron preso.

—Bien chacal. Vamos pues, monte arriba.

—No montaremos, porque sería humillar a Tartar.

—De acuerdo.

Tartar, llevando de la brida a los dos caballos, echó a andar tras los dos amigos.

Llevaba Lucientes unos instantes andando, cuando de pronto se detuvo dándose recia palmada en la frente.

La cicatriz vertical que la surcaba desde el nacimiento de los rojos cabellos hasta el entrecejo se coloreó al golpe.

—¡Poseemos diez mil onzas de oro!

—Dijiste que tu bolsa estaba flaca.

—Tú posees esta fortuna, chacal. En tu bolsillo.

—Divagas.

—El griego te dió el plano de entrada y el emplazamiento de "Aguas Revueltas". Hay edicto ofreciendo diez mil onzas de oro a quien revele este ancladero.

—No.

—He leído con mis propios ojazos la suculenta oferta.

—Quiero mi velero para contribuir eficazmente al plan de conquista de poder y dominio de que me habló Gregor

Fedoropoulos.

—¿Acatarás mando de otro? Navegar libre es mejor que tener que acomodarse a soplos ajenos.

—Le di mi palabra a Gregor.

—Eso de la palabra tiene un valor muy escaso, chacal, si se la empeñas a un perillán.

—Yo mantengo mi palabra, dada a quien sea.

—Tienes a veces orgullo de hidalgo, muchacho. Gestos al estilo de mi maestro el conde Ferblanc.

—Detesto oír mencionar ese nombre. Recuérdalo, Diego Lucientes, si quieres que reine la concordia entre nosotros.

—Lo siento, chacal.

—No reincidas.

—Decía que lo siento, porque, lamentándolo mucho, vas a aguantarte el genio cada vez que a mí me dé por citar al hidalgo Lezama. Tú, que respetas la palabra dada a un capitán Araña que embarca a los demás, debes respetar mi decisión de que, por amistad a ti, no quiero ser traidor a la más antigua amistad que me une con el hidalgo Lezama. Queda claro, y no hace falta que sobre ello volvamos. Tu ecuanimidad reconocerá que, si tengo dos amigos por toda fortuna no rebajo al uno para enaltecer al otro.

Cheij Khan guardó silencio.

También más atrás, Tartar guardaba silencio. Escuchaba y pretendía disipar las nieblas que invadían su raciocinio, mientras relacionaba las palabras tatuadas en letras persas sobre el anverso del antebrazo de Cheij Khan.

Diego Lucientes habíale dicho que el conde Ferblanc, que por nombres tenía los de Carlos Lezama, perdió un hijo en naufragio, llamado como él.

Y había concretado lugar y fecha: en la isla de Lanzarote el 10 de febrero del año 10.

Eso era lo que estaba tatuado.

¿Por qué el tatuador, el árabe Bu-Djema, había mentido diciendo a “El Chacal”, que aquellos signos cabalísticos eran amuleto contra el maleficio?...

—El hecho de entrar con nosotros Tartar, causaría el mismo efecto que si nos subiéramos a la mesa de juego montados en un leopardo. Tartar permanecerá en el monte, en lugar que señalemos

ahora, y a donde enviaremos a los que en grupos vayamos reclutando, notificándoles que Tartar te representa en mando,

Tartar había abandonado sus meditaciones al oír su nombre.

—¿Por qué por grupos? —inquirió Cheij Khan.

—Una partida de cincuenta pelagatos a la vez, equipándose, llamaría la atención. Y hablando del equipo, chacal, ahí va el resto de mi bolsa para que merques ropa de la mejor, que tu aspecto acicalado, de nuevo será la mejor carta de invitación. No conozco a la señora dueña, pero si como puede ser, no es reacia a contemplar un mozo arrogante, tenemos más a nuestro favor.

—Si quedamos sin dinero, ¿qué pondrás en la mesa para abrir juego?

—Esto, que más lo aprecian que las monedas.

Y Lucientes mostró el dije que acababa de extraer del bolsillo de su casaca.

Era una joya maravillosa de orfebrería. El joyero había engarzada rubíes y perlas alrededor de un óvalo de ámbar.

El artífice había esculpido en el ámbar la figura de un fauno aplastando un racimo de uva contra la boca de una ninfa delineada en blanco marfil.

—Mal contado, vale dos mil luises, que fué en Francia donde lo hice labrar, para tener presente mi credo.

—“Zumo de vid y hembra placentera”... —recitó seriamente Cheij Khan, con velado reproche—. El fauno adorador de Baco es esclavo de sus pasiones.

—Día llegará en que despiertes, Cheij.

—Deseo que día llegue en que te duermas.

Al anochecer, dos caballeros entraron en una suntuosa mansión de la ciudad de Buenaventura.

Si uno de ellos llamó la atención de la dueña, por sus cabellos pelirrojos, el otro más la atrajo...

Y Diego Lucientes murmuró en voz, baja, detenido en el umbral de la amplia antesala.

—¡Sopla! ¡Vaya dama más despampanante! Atisba, chacal... La vestida de negro. ¿Es o no la más indicada para, que un viudo como yo renuncie a serlo?

Y tocando en el codo a uno de los varios caballeros que pasaban hacia la sala, preguntó Lucientes:

—Perdonad, señor. ¿Podéis decirme quién es la dama de rubios cabellos vestida de negro terciopelo?

—Forastero sois bien se ve, caballero. Esa dama es la dueña de la mansión. Es Lucero.

Capítulo III

“Viudas Blancas”

Froilán Duque, barón de Trévora, siempre seguro de su categoría de prohombre que gozaba de las inmunidades inherentes a su privilegiado cargo de relator, púsose en pie, apoplético el rostro ante lo que había calificado sin exageración de grosera actitud.

—No os dejéis llevar del endiosamiento con que os rodea el favor del almirante Diéguez, conde Ferblanc... En nombre de Su Excelencia, os conmino a que abandonéis esta casa ajena, si persistís en emplear modales propios para tratar con soldadesca levantisca, pero no con tertulia a la cual una dama asiste.

Y la indignación del que nunca viérase tratado así hizo que Froilán Duque añadiera:

—Con vehemencia expresé a Su Excelencia mi repulsa más contundente ante vuestra conducta en ocasión de la primera visita que hicisteis a palacio. Debéis tener en cuenta, conde Ferblanc, que torres más altas he visto caer.

—Eso digo yo.

Los dos hombres y Cresilda Lopez, continuaban sentados. Ella giró la cabeza, volviéndola ostensiblemente, en desdeñoso gesto, mientras comentaba:

—Sentaos, Froilán. La irrupción de un aventurero seguramente embriagado no debe alteraros.

—No ofende quien quiere, sino quien puede, doña Cresilda y otras hierbas —dijo incisivamente el Pirata Negro.

—A vosotros dos no os conozco, belitres. Colocad las manos encima de la mesa, bien a la vista, o va oler a pólvora aquí dentro.

—¡Esto es ya intolerable!... —gritó Froilán Duque.

—Y tú, sapo hinchado, métete la lengua en la papada, porque

me estás ya amoscando con tanto humo. ¡Que te calles he dicho, pedazo de sebo!

Froilán Duque no halló más honrosa retirada que la de acogerse a la insinuación de Cresilda López.

—Tenéis razón, amiga mía. Mañana, lamentará el conde Ferblanc esta deplorable demostración de los excesos en que incurre un supuesto caballero cuando está bajo la influencia de un exceso de libaciones.

—Te lo advertí, grasoso.

Y el comentario del Pirata Negro ahogóse en su última sílaba por el simultáneo ruido estrepitoso de un disparo, un grito de terror de Froilán Duque y el chillido alarmado de Cresilda López.

La humeante boca de una de sus dos pistolas agitóse horizontalmente en semiarco, mientras añadía Lezama:

—Eso como advertencia de que no acepto que me discutan ni me hagan melindres cuando me meto a aconsejar.

Lívido y tembloroso, llevóse el barón de Trévora las dos manos a la peluca monumental desplazada por el pistoletazo, para instintivamente comprobar si estaba herido.

—El próximo plomo te quemará entre los dos ojos de cerdo, querido señor barón, si vuelves a hacer comentarios de muy mal gusto, estando presente una dama. Tengo que velar por mi renombre. Y vosotros dos, más quietos que una estaca en mano de muerto, si no queréis que la mano viva sea la mía, y los muertos vosotros.

Acopiando valor, Cresilda López dió media vuelta para mirar al Pirata Negro que, antes de dejarla hablar, comentó:

—Vuestra nuca era agradable de contemplar, doña Cresilda. ¡Lástima que donde los ricitos pidan susurros de amor, se hinque fría media luna de hacha!

—Vuestra… actitud es incomprensible, conde Ferblanc. Invoco vuestro respeto para quienes nos hallamos reunidos en la casa de una amiga. Ved que estoy al borde del desmayo…

—Al borde todavía se toca tierra. Os suplico con toda galantería que permanezcáis por el instante, muda, aunque me deleita vuestra voz melodiosa. ¡Tú!

Y la boca de una de las dos pistolas de doble cebo encañonó a uno de los dos que hasta entonces habían permanecido callados,

como fulminados por un relámpago.

—Vas a mover las manos, pero con mucho talento. Que hagan ellas lo que yo te digo, y no lo que tú creas poder hacer. Ya que estáis aquí amigablemente reunidos, evitad que un intruso cometa violencias que sería el último en lamentar. Tienes látigo de cochero pendiente del cinto. Ata con la correa las muñecas de tu compañero. Pero no de mentirijillas. Si no veo hincharse la carne, anunciando la presión del cuero, se va a hinchar la frente despidiendo oler a chamusquina.

Como un autómata obedeció el requerido.

La pistola diestra del Pirata Negro apuntó al barón.

—Trabaja alguna vez en tu vida, Froilán. El cinto del que está atado que pase a rodear los codos del otro. ¡Presto, gordinflón! Tienes que haberte dado cuento que no estoy de humor cascabelero. ¡Aprieta fuerte! Bueno, no lo haces mal… Y ahora no seas nervioso ni te sientas juguetón, Froilán. Quítales pistolas y dagas a tus contertulios. Tíralas allá al rincón, donde está el hogar. Ahora, las espadas… Bueno, que tu pistola acompañe también a las otras. Bien. Puedes sentarte. El sudor que gotea de tu peluca anuncia que te has ganado el pan.

Enfundó Lezama sus dos pistolas, y avanzó hasta detenerse a tres pasos de los aterrados conspiradores.

—Ahora, si lo deseáis, podéis hablar, doña Dengues.

—Es… propia de pirata vuestra conducta, y mañana daréis cuenta ante Su Excelencia.

—¿A qué hora, doña Melindres?

—En audiencia pública, qué yo, como ofendida, reclamaré. A las once de la mañana.

—Yo madrugo más. Tanto como el verdugo, Cresilda López. No tengo para ti la menor consideración, porque no te bastó todo tu oro. Querías, además, llenar tus arcas con monedas de Judas, vendiendo a tus hermanas de raza, exponiéndolas a infamantes muertes a manos de piratas que son mejores que tú, porque al menos ellos dan la cara, y no hacen dengues ni melindres. Fíjate en el color amarillento de la tez de tu cómplice… así se pone la carne de cerdo cuando se enrancia. Puedes hablar, si quieres, sapo. Doy audiencia pública a las diez de la noche.

—Quiero hallar atenuante en vuestra conducta —empezó a decir

el barón de Trévora, afirmando la voz —, atribuyéndola a vuestra natural propensión a la violencia, sin duda ahora mal empleada, por erróneos rumores o calumnias.

—Cuando yo pego, barón, es porque me sobran motivos. Creo que ya rodearán la casa los diez infantes de los Tercios que invité a venir antes de dirigirme hacia acá. Ellos os conducirán entre rejas, y espero, barón, que tendrás la última galantería de evitar a Cresilda López los tormentos a que la someterán si tú voluntariamente no declaras dónde se anida la bandada de buitres marinos que ha ido siendo reclutada por Gregor Fedoropoulos.

La mención del nombre del griego logró más que el ruido del disparo y la brutal voz incisiva del Pirata Negro.

Cresilda López dobló el busto hacía delante, y quedó desmayada; el hombro del barón de Trévora le sirvió de casual apoyo.

—Flor que se troncha. Triste destino de ambiciosa mujer. Flor que se tronchará bajo el hacha del verdugo. Vas tú a dejar una viuda blanca, Froilán; tu Nereida se quedará felizmente libre de tus abrazos. Yo soy amante de la fauna, y me hubiera disgustado que la escurridiza anguila que es Nereida fuera apresada por los tentáculos de un viscoso pulpo voraz. Por otra parte, no te debes afligir, barón. Si llegas a casarte con tu tormento, no duras ni tres noches, que eso se prometía ella. Me estoy refocilando… No tengo por costumbre hacerlo, pero me dan asco los rastreros que planean miles de muertes de seres inocentes con la frialdad de mercaderes de sangre humana. Al pirata que sable en alto ataca y mata a inocentes, lo ahorco sin demasiados comentarios. Pero a ti, asqueroso sapo, te deseo muchas horas de potro y torno, y parrillas que te den esbeltez quemándote las grasas. Esta noche el verdugo te hará hablar…

—¡Pido pruebas! ¡Pido justicia!… ¡Pido…!

—…Chocolate —atajó, secamente, el Pirata Negro —, ¿Tienes hambre y sed de justicia? Quedarás saciado… Y ahora puedes dejar de sacudirte como manteca fundiéndose, porque tu amiga vuelve en sí, y a lo mejor se avergüenza de verte convertido en guiñapo.

Cresilda López mostró la hermosa faz suplicante, donde unas lágrimas empezaban a fluir de sus grandes ojos.

—No enterneceréis a nadie, Cresilda López. El español es poco amante de la mujer que se siente politicastra y sanguinaria.

Un breve toque de clarín resonó fuera.

El Pirata Negro dirigióse hacia la puerta, y de pronto saltó de costado.

Había oído el fru-fru rápido de unas telas...

Cresilda López disparó la pistola que corriendo había ido a recoger en el rincón.

Su rostro estaba contraído por ira de posesa...

—Más empuje tiene que tú, Froilán. Recoged otra pistola, doña Desmayas..., y os juro que cometeré gustoso una mutilación. Y la pérdida de una mano no os ahorrará castigo.

Un oficial seguido de varios soldados entró en la sala.

—No había nadie, conde Ferblanc. Hemos, registrado todo minuciosamente...

—Lucero debió ser reclamada en otra morada donde más útil sería. Cumplid, señor oficial. A vuestra custodia quedan los prisioneros. Ya sabéis dónde debéis llevarlos.

Al desfilar los conspiradores entre los soldados, oyóse un sollozo ronco. No partía de garganta femenina, sino de la de Fadrique Menéndez, que en compañía del gobernador acababa de entrar en la sala.

Fadrique Menéndez miraba con acerbo dolor de hombre engañado a la que por última coquetería alzó la cabeza desafiante.

Ramiro Luances de la Gándara expresó su asombro:

—Nunca hubiera sospechado de Cresilda. Consolaos, Fadrique, y aceptad mis excusas si desconfié. Consolaos, porque una esposa como Cresilda hubiera convertido en infierno vuestra existencia.

Pero Fadrique Menéndez no halló mitigado su dolor, y salió cubriéndose el rostro con las manos.

Ramiro Luances explicó su presencia:

—El señor gacetillero me salió al paso por el camino cuando me dirigía hacia acá. Al pronto le confundí con salteador, porque empuñaba sendas pistolas. Iba yo acompañado de Fadrique, el cual encaminábase a Buenaventura. El señor gacetillero nos puso en antecedentes de lo que aquí sucedía... Lo celebro por Nereida. Es preferible que sea viuda blanca, a baronesa.

—De otra viuda blanca quisiera hablaron, señor.

—Sentémonos, conde Ferblanc. Es para mí un placer ver como habéis resuelto eso a lo tajante, a lo hombre de mar.

—Yo, no. Fué maese Huarte. Recomendadle para recompensa

honorífica, que bien la merece. Y ahora, puesto que aprobáis los métodos tajantes, permitidme experimentarlos en vos.

—¿En mi?

—Seré breve, porque tengo que dirigirme esta misma noche a Buenaventura, antes que allá llegue el rumor de la detención de Froilán Duque y Cresilda. Además, tengo también que hacer allá, donde van reuniéndose los oficiales convocados para mandar la futura fuerza mixta de la segunda flota de la Legión del Mar. Abordaré, pues, y si os araño, excusadme.

—Arañad, que las pequeñas sangrías curan y evitan peores males incurables.

—Sois muy dado a galanteos.

—No he tenido aún la fortuna de conocer a dama de las prendas de vuestra esposa. Por eso, como soltero, voy de amorío en amorío, buscando el amor definitivo.

—¿Habéis últimamente conocido alguna hermosa?

—Chocante en vos es la pregunta. Comprended, conde Ferblanc, que la más elemental galantería me priva contestar a esa pregunta, ya que la indiscreción está siempre en la respuesta y no en la interrogación.

—Esta casa era donde se reunían los conspiradores que acaban de ser atrapados.

—¿Y bien? ¿Qué relación existe entre esta casa que mencionáis y mis escarceos disculpables?

—Pertenece a una mujer llamada Lucero...

El gobernador sacó su tabaquera de rapé. Era gesto en él habitual cuando meditaba la respuesta.

—¿Queréis? —ofreció.

—Gracias. Prefiero estornudar a lo natural.

—Me ponéis en grave aprieto. Por mi lado, el secreto debido a toda dama que nos favorece con prometedora sonrisa... Por otro, mi deber como gobernante...

—La elección no es dudosa, señor. O arañando, ¿no es quizá cierto amor propio ofendido, al saberos atraído por mujer al servicio de los conspiradores, el que os hace vacilar?

—¿Por qué dais por cierto que Lucero pretendía...? En fin, y permitidme el desplante, me la habéis dado con queso. He caído en el lazo. Sí, reconozco que una hermosa india llamada Lucero me

salió al encuentro... Pero debe tratarse de un error. Los conspiradores han debido aprovechar sus ausencias para reunirse aquí... Precisamente ella era la prometida del agente asesinado.

—Seguramente por ella misma... Una viuda blanca por propia obra. ¿Podéis describírmela?

—Inconfundible. Cabellos negros como la endrina, de amplios rizos naturales. Trenzas copiosas... Su cabellera suelta debe llegarle a media, pierna... Ojos luminosos, brillantes de promesas. Tez levemente marfileña. Una nariz poética, si así puede llamarse; pequeña y recta. Labios carnosos sin demasía. Una talla más que mediana. Un talle de avispa... Unas manos de ensueño...

—¿No os extravía una naciente pasión?

—Jarro de agua fría ha sido saber quién es ella, porque no puedo

ni se me ocurre dudar de que, como siempre, pisáis terreno sólido. Por lo llanto, os la describo, sí con palabras floridas, no con adornos de enamorado.

—No creo que volváis a verla...

—Caso de que ocurriera, le expondré mi queja por que llegara a creer que, por más bella que fuese, podía hacerme olvidar mis deberes de buen español. ¿Pensáis se halle en Buenaventura?

—Es lo más posible. Ya nada más queda por decir, señor. Recordad el solicitar encomienda para maese Huarte. El descubrió el hilo que me permite llegar hasta “Aguas Revueltas”.

—Aguardad a que Froilán, el felón, confiese dónde se halla este lugar.

—Veré antes a Gregor Fedoropoulos. A veces prefiero averiguar yo mismo, a que me entreguen los informes.

Despidiéronse ambos.

Froilán Duque, al igual que Cresilda López, fué veraz cuando, pese cuantos tormentos le fueron aplicados, insistió en reiterar que nunca le fué dicho dónde estaba “Aguas Revueltas”.

Sólo lo sabía Gregor Fedoropoulos...

✲ ✲ ✲

Gregor Fedoropoulos estaba de viaje. Y antes de llegar al puerto de Buenaventura fué abordado por la india Lucero.

Contó ella que el clarín de soldados había sonado en el jardín de la casa de reunión de los conspiradores, después de que entrara allí

el conde Ferblanc, pudiendo ella escapar apuradamente.

Y contó la detención de Froilán Duque y Cresilda López.

—Huye al monte y reúnete con tu tribu, porque ya nada puedes hacer por aquí. La otra Lucero podrá servirme para tratar de tender celada al conde Ferblanc.

Espoleó su caballo, y poco después ardía la casa particular que servía de morada al griego de inofensivo aspecto.

Pero el griego internóse por los dédalos de subterráneos que bajo tierra minaban la extensión donde humeaban las cenizas en que iban amontonándose los restos de la casa.

Capítulo IV

“Pencas opina... ”

—Tengo gazuza, compadre. Y opino que ese monigotillo afilando sus cuchillos me abre aún más el hambre, porque ni los siete sabios de Tracia negarían que el ruido de cuchillos rozándose da de pronto la seguridad de que alguien corta carne...

—¡Será tu carne, zopenco, la que será rajada, maldito charlatán que no haces más que aumentar mi dolor de cabeza!

—Yo, en hablando, por el aquel, opino que se ponen menos turbias las cosas. Total, ¿qué nos puede pasar? No es todo carne lo que reluce, ni vendas la jarra antes de ordeñar la vaca gorda. ¡Qué gorda y qué lustrosa era la vaca de mi tío Fermín! ¡Y estoy que me ahogo de salivillas pensando en el cerdo de la vieja Manuela, que debió soltar pringue y jamón, porque como bien cebado nadie en todo el pueblo le echaba la pata por encima que para cebar los navarros no se andan en chiquitas, que ahorrar cebo es perder sebo. Oye, “Cien Chirlos”: es extraño... ¿Tendré ya los espejismos esos que dicen le atacan al que lleva sin comer un día entero? Porque es que acabo de oír gruñir pero igual que lo hacía el cerdo de la vieja Manuela, aquel cerdo que debió dar embutidos por arrobas...

Cesó de gruñir “Cien Chirlos”. La charla incoherente del navarro, su compañero de odisea y prisión, tenía ahora demasiada claridad, y su insistencia en hablar de cosas apetitosas era un tormento anticipado a los que había melosamente anunciado el hijo del Celeste Imperio, Ling-Fu, que allá tras los dos rastrillos dedicábase ahora a afilar cuchillos de varios tamaños...

Por dos veces habíase marchado el chino, para desaparecer por el dédalo de laberínticos subterráneos...

Y a su regreso había adoptado su postura paciente, sentado

sobre sus tacones.

Tras caer en el profundo foso[2], cuya abertura quedó rápidamente cubierta, y cuando el navarro se cercioró de que no había escape posible, y que, según Ling-Fu, debían aguardar la llegada de un tal Gregor, manifestó que, en vista de que no había fantasmas y todo era real y "palpable", iba a descabezar un sueño.

Blando era el lecho de hierbas, y el bruto integral que era Ambrosio Bustamante durmió pesadamente hasta que los cosquilleos del hambre le devolvieron su natural verborrea.

Pese a todos sus improperios, permaneció impasible el oriental, vigilante no por necesidad, ya que sólidas eran las rejas, sino por sádica fruición de verdugo.

—Si no mientas cosas de las que sirven para masticar, menos arrugas nos harán las tripas.

—¡Cabal!... —aprobó el navarro— Cuando tienes razón, no hay quien te la quite, ni por descuido, porque lo que se ve y yo veo, todos pueden verlo. No vale atosigarse. Cuando venga el Gregor ese, que ya sería hora, vas tú, compadre, y le dices que nada queremos con él. Que su monigote puede usar los pinchos para rascarse el "colodrillo", y que nosotros a quien buscábamos era a los "mahometes", que eso de poner trampas es lo que aquí nos tiene, como prueba de que no veníamos con malas intenciones sino para otear si por el casual estaban los "mahometes" aquí, que es lo último que nos quedaba por pisotear. Yo opino...

—Lo que me trae a mal traer es eso de estar aquí como osos enjaulados..., aguardando y venga aguardar, sin comer bocado.

—Yo opino que al venir el Gregorio todos quedaremos tan amigotes, pero... —y bajó la voz el navarro—, a la que se descuiden un tanto así, lo que es al hijo ese del Imperio Azul, lo deslomo, que bien ganado lo tiene. Yo opino que es vergonzoso que un macaco que no alza metro del suelo nos tenga a nosotros dos prisioneros,

—No él, sino la fosa.

—Voy a ver si por los acasos el amarillo tiene compasión de dos hambrientos. ¡Hermano! —interpeló el navarro, poniendo semblante compungido.

—Respetable señor, si querer hablarme, no debe llamar hermano. Yo no ser su raza. Mi raza ser superior.

—¡Hasta aquí, podíamos llegar! —vociferó, escandalizado,

Ambrosio Bustamante—. ¡Infame gusano putrefacto y de pocas carnes! ¡So pendejo podrido! Donde está un navarro, descúbranse todos... Si no estuvieras donde estás, te iba yo a quitar el casquete, la coleta y el aliento de golpe y porrazo... ¡Pues sí que nos ha amolado el insecto ese relamido!... ¿Te diste cuenta, "Cien Chirlos"? ¿Oíste bien? ¿Pues no pretende que la raza de su mala piel es superior a la navarra, que...?

—Yo opino —declaró "Cien Chirlos", ya contagiado —que ahora no es momento de discutir sin ton ni son. Vamos a lo sólido, "Pencas". Déjame hablar a mí.

—Cabal. A veces sabes hablar —reconoció el navarro.

—Oye, hijo del Gran Imperio Celeste...

—Te oigo humildemente, hombre del rostro muy cortado...

—Tú presumes de verdugo.

—Ser el mejor de cuantos ejercitan tan noble profesión allá en los arrozales y en toda la tierra alta de estanques donde nadan flores de loto.

—Vamos a lo sólido, flor de loto. Si tu pretendes que Gregorio ordenará que nos den tortura...

—Él ordenar, porque odia los espías.

—Bien. Sabes que un hombre mal comido se desvanece al primer dolor. Nosotros dos comemos mucho. Llevamos aquí en esta fosa una noche entera y buena parte del día, si mis cálculos van bien. No nos des de comer, y te vas a aburrir, porque a la primera sangre nos iremos para el otro mundo.

El oriental cabeceó, entornando los rasgados ojos.

—Tú reconocer que la raza mía superior a la vuestra, porque inventar pólvora, papel y música.

—Tu raza ser la más grande.

—Bueno.

Levantóse el chino y desapareció en el túnel de la izquierda.

—¡Anda, y que te envuelvan en papel, metiéndote pólvora por el pico hasta que revientes y que toquen el tambor sobre tu barriga repleta!... —desfogóse "Cien Chirlos"—. ¡A qué miserias conduce el hambre, "Pencas" He tenido que bailarle el agua a ese... muñeco de porcelana.

—Has estado superior, compadre... Vaya jaboncillo que le diste. Y ahora ya sabemos que la alacena está a mano izquierda, según se

sale.

—¿Y cómo cuernos se sale de aquí? ¿Ves tú, "Pencas"? Nosotros, que somos llamados los reyes de la Naturaleza, no somos perfectos. Nadamos como los peces, coceamos como los mulos, lo hacemos casi todo lo que hacen ellos, y encima hablamos, pero nos falta algo.

—¡Comer!... —gritó ansiosamente el navarro.

—No, so bestia. Lo que nos falta son unas alas como las de los pájaros para volar.

—Yo opino que aviado estaba el que se echara a dormir bajo ramas donde tú estuvieras de pájaro. Bueno, el banquete va a ser de los de agárrate y no pierdas miga, por lo que se tarda el hijo del puerco imperio. Y suerte que a mí se me ocurrió llevar la cantimplora con vino seco. Porque la sed es lo más inaguantable. Lo que debíamos ya haber hecho es soltarle un tiro a ese macaco y quizá al ruido vendrían otros y habría jaleo, abriendo las rejas para quitarnos los pinchos y las pistolas.

—Eso hay que reservarlo, que tiempo habrá, si el Gregorio no se pone a tono. Nosotros estaremos aquí dentro..., pero que vengan a meternos mano..., ¿eh, "Pencas"?

—Cabal. Pero ¿qué estará haciendo el maquito coletudo?

Quedaron los dos un instante mudos, cuando el chino regresó y sentóse, colocando sus manos vacías dentro de las amplias mangas de su túnica. Luego permaneció inmóvil, como un idolillo perverso.

—¡Tripas! No trae nada, ¿O es que vendrá criado para cargar con los manjares?

—Desengañar humildemente a respetables blancos de raza inferior —graznó con su agudo timbre vocal el chino—. Hombres fuertes resisten tres días sin comer. Sin beber, uno. Al caer noche traer agua. El agua alimentar una semana sin más alimento.

—¡No! —ordenó "Cien Chirlos", pegando un manotazo en la diestra que el navarro llevaba hacia su pistola.

—¡Es canallada como nunca vi! —gimió el navarro—. Se va, poniéndome agua en boca, y vuelve a burlarse. Déjame que le descerraje plomo...

Ling-Fu, con agilidad simiesca, había resbalado a gatas, y, huyendo, desapareció. Sus rasgados ojos habían estado siempre vigilando las manos de los dos prisioneros, armados.

Y agazapado en la entrada del túnel, pudo oír los razonamientos de “Cien Chirlos”:

—No seas borrico, “Pencas”. Matar a ese monigote no produce ninguna mejora en nuestra situación.

—Pero me daría el mismo gusto que si yantase. Yo opino que es lo que se llama vejatorio que un mostrenco de esa talla se burle de dos machos como somos, siendo él enano de poca piel, y cuando uno se desahoga, queda desahogado, lo cual quiero suponer que, pegándole un pistoletazo al “tipejillo” ese, me quedaría desahogado.

—Pues te aguantas, porque si le damos muerte, entonces es cuando no hay posible arreglo. Lo dicho, y te lo ordeno: respeta la pelleja de ese monigote, porque lo mando.

—Bueno, si te pones en tieso de mandón, yo me achanto, porque a la hora de mandar te hago obediencia.

—Me gustaría ver que fuera de otro modo.

Tranquilizado, Ling-Fu volvió a ocupar su posición de acecho. Y con voz aguda, fué narrando sus “intervenciones”, en las cuales había demostrado que su raza superior sentía desprecio hacia los hombres que no eran estoicos y no sabían sufrir en silencio, como tenían por costumbre los orientales.

Y de pronto perdió la confiada inmovilidad de idolillo, para saltar en el aire como un muñeco provisto de resortes.

Ambrosio Bustamante, que de pocas cosas se asombraba, porque carecía de imaginación, quedóse ahora paralizado de estupefacción mirando alternativamente a su compañero de prisión, y al chino que ya había cesado de moverse.

Sopló “Cien Chirlos” en la boca de su pistola humeante, que acababa de descargar contra Ling-Fu.



...horrenda muerte por hambre y sed.

—Estaba ya harto de ver a ese verdugo burlarse de nosotros. Eso es.

—Pero..., ¡tripas y pezuñas! Yo opino que eso es lo que yo quería hacer y tú me prohibiste...

—Porque el monigote te vió la mano y se dió el vuelo. Le hice confiar y así le cacé. Y ahora, alguien vendrá..., que ya tengo yo ansias de echarme alguien a la vista.

Pero fueron pasando horas y horas, sin que en el pasadizo iluminado apareciera nadie.

Y los primeros síntomas del desfallecimiento, por falta de alimentación, empezaron a dejarse sentir en la anatomía de ambos piratas, ante cuyos ojos iban forjándose ya los espectros pavorosos de la horrenda muerte por hambre y sed.

Fué unas diez horas después de la muerte de Ling-Fu cuando, con voz que era casi un susurre, "Pencas", tendido boca abajo, manifestó su certidumbre:

—Yo opino... que de esta hecha... palmamos...

Rabioso, “Cien Chirlos” limitóse a dar una cabezada sin gran vigor, aunque compartía la misma opinión.

Capítulo V

La viuda negra

La primera vez que Gregor Fedoropoulos vió y oyó a Wilhelmina Delft trató de clasificarla, según su costumbre de estudiar a sus semejantes de ambos sexos, con el fin de saber a qué atenerse para el mejor provecho de sus futuras relaciones.

El griego, experto psicólogo, tardó no obstante en poder enjuiciar con cierta seguridad a la mujer que tenía a su lado.

No lo atribuía a la gravedad y enjundia de lo que se estaba tratando ni a la figura de pesadilla que autoritariamente exponía las líneas generales de la vasta conspiración, destinada a sembrar el pánico en la Costa Dorada, sino a que Wílhelmina Delft tenía un carácter complejo, muy difícil de adivinar.

Y no supo por qué, ya hacia el final de la entrevista, pensó repentinamente en la "viuda negra".

La hermosa araña de aspecto encantador para los naturalistas... Una araña negra a la cual perseguían ávidamente los machos de cualquier clase de los arácnidos...

Una araña negra que en el acto del enlace, terminaba devorando al macho.

No fué por el vestido negro de terciopelo que avaloraba la blanca piel de Wilhelmina Delft, por la que el experto griego pensara en la araña llamada "viuda negra".

Fué porque de pronto adquirió la absoluta convicción de que la holandesa era totalmente inmune a cualquier sentimiento. E instintivamente había acertado, sin conocer más que por breves comentarios del personaje de pesadilla, algunos aspectos de la accidentada vida de Wilhelmina Delft.

Nacida en Rotterdam, en 1695, contaba la holandesa veintisiete

años, pero su tersa faz y la delicada y a la vez lozana belleza de todos sus rasgos, no sólo la hacían parecer más joven, sino que le concedían un aura de candor, su mejor arma.

Hubiera podido enlazar matrimonialmente en magníficas condiciones, porque poseía un atractivo fascinante, que rendía la voluntad de los más reacios al encanto femenino.

Pero un desengaño de amor en sus quince años, la afectó tan cruelmente, que ya en su alma sólo anidó un profundo y sólido desprecio hacia todos los hombres.

No le bastó menospreciarlos, sino que viéndose de continuo cortejada, imaginó que ya que poseía un arma eficaz en su belleza, debía emplearla con inteligencia.

Se convirtió en intrigante, entrando al secreto servicio de un hombre de estado holandés.

Era un trabajo que la complacía, porqué estimaba que no bastaba con llevar la ruina espiritual al corazón de los hombres a los que fingía amores, sino que le complacía ser la autora de sus ruinas materiales.

Fué sembrando su existencia de ruinas morales como complemento a los fracasos a que conducía, siguiendo órdenes, a muchos personajes de varia categoría.

Y a principios del año 1722, hallándose ella en las Antillas Francesas, bajo la apariencia de una esposa de marino francés, recibió orden de trasladarse al puerto colombiano de Buenaventura, el más norteño de los puertos del litoral sudamericano.

Para una aventurera de su calibre, pocas cosas podían ya sorprenderla, y no obstante sintió extraño interés matizado de sorprendida curiosidad cuando el agente holandés que la esperaba, después de conducirla en lancha hasta un pequeño velero, con trazas de pesquero y tripulación idónea, la dejó sola en un camarín.

Empezó ya su extrañeza cuando al cerrar el agente la puerta del camarín y no habiendo luz alguna, no reinara la obscuridad, como era natural.

Puerta y lucernas estaban herméticamente cerradas, y sin embargo, reinaba una difusa claridad blanca, como si una fosforescencia ultraterrena impregnara las paredes y el cóncavo techo que era de donde emanaba la luz fantasmal, inexplicable al no existir en el interior ni velas ni antorchas ni linternas.

No tuvo ella tiempo de meditar mucho sobre las causas de aquel extraño fenómeno, porque un personaje hizo una espectacular aparición inesperada.

Vestía enteramente de blanco, desde los zapatos de corte, con tacón alto, las medias y calzas, hasta la rígida casaca, el coleto, y la peluca.

Pero no tenía rostro…

Wilhelmina Delft, la que en adelante iba a llamarse Lucero, tenía buenos nervios, y no obstante, no pudo reprimir un sobresalto.

Desde el coleto hasta el borde de la peluca, una tela blanca ceñida envolvía por completo el rostro, teniendo dibujada en leves trazos negros la imagen de una calavera.

Esto lo dedujo la holandesa, después de sobreponerse a la impresión macabra,

El personaje había brotado como por arte de magia del suelo, lenta y progresivamente, por lo que después pensó Wilhelmina Delft, qué debió utilizarse una plataforma o unas escaleras, aunque la aparición no pareciera ascender sino flotar.

Una voz opaca, que movió ligeramente con vibrátiles aleteos la parte de la tela correspondiente al dibujo que representaba una boca desdentada, habló en purísimo español:

—Has sido elegida por tus muchas capacidades, Wilhelmina Delft, y por tu dominio completo del español. De ahora en adelante tu nombre será Lucero, y tu rubia figura, en tierra de mujeres de tez bronceada y cabello negro, destacará. Vas a conocer al hombre que en Buenaventura ha sido apostado por nuestra patria, para servir a una magna empresa: Gregor Fedoropoulos.

El extraño personaje, con mano enguantada de blanco, agitó una campanilla colocada encima de la única mesa de la estancia, y entró el griego.

Debía ya haber visto alguna vez al personaje de blanco, o debía poseer un perfecto dominio de sus reacciones, porque permaneció en natural postura del que espera ser invitado a hablar.

—Esta es la mujer que llevará ese nombre tan corriente en la Costa Dorada: Lucero, y que, se pondrá al frente de la casa de juego de la parte alta del puerto. Los dos sois agentes de gran valía, y de la entera confianza de Holanda. Pero es preciso puntualizar bien determinados aspectos, antes de que me haga yo cargo del mando

conjunto de la escuadra que va a agruparse en “Aguas Revueltas”.

Y el enmascarado, cuyas ropas irradiaban también un extraño fulgor blanquecino, al igual que paredes y techo del camarín, fué exponiendo a grandes rasgos y con certeras frases, el detalladísimo plan fraguado por Holanda...

Especificó la misión de cada uno de sus oyentes:

—Tú, Gregor Fedoropoulos, en tus tres mesones reclutarás gente de mar, imponiéndoles en la gravedad de su pacto. Tú, Lucero, conseguirás adueñarte de la voluntad de aquellos hombres que te sean indicados. Y dado el lugar donde como dueña ejercerás tus seducciones, podrás no sólo estar al corriente de cuanto suceda, sino también ayudar a propalar varios rumores, que aun como en este caso, siendo veraces puedan parecer leyendas. La superstición marinera y de muchos que no son del mar, es instrumento inconsciente y eficaz.

Hizo una pausa el enmascarado, para añadir:

—Comunicaréis lo que estiméis digno de ello, viniendo a este paraje, donde si no encontráis este barquichuelo, habrá quien os conduzca a donde me halle.

Su mano enguantada izquierda se apoyaba en la guarda de una espada de puño de marfil y funda del mismo material.

Su diestra señaló a Gregor Fedoropoulos:

—Emplea en tus mesones bellas mujeres, que son las más aptas para desatar lenguas. Y dada tu reacia y comprobada virtud de no sentir el menor atractivo hacia Eva, obtendrás de ellas los beneficios sin ser tú juguete de ellas. Lo mismo digo para ti, Lucero. No habrá hombre que pueda inspirarte el menor sentimiento. Varias han sido las veces que nuestro poder secreto ha puesto en tu camino audaces y apuestos caballeros que hubieran sido del agrado de la más exigente fémina. Te burlaste de ellos con tal maestría, que los que iban a enamorarte cayeron en tus redes. Confío pues en vosotros.

—Haciendo propalar las leyendas de la “Sirena Fatal” por lo que respecta a la presente Lucero y a la del mismo nombre que reside en Bogotá, así como en cuanto a la de “Aguas Revueltas” —fué diciendo Gregor con tono mesurado —se conseguirá empezar la labor de sorda amenaza de futuros peligros. En cuanto a vos, caballero, ¿puede propalarse...?

—Pronto es —atajó el enmascarado. —Día llegará en que la

Costa Durada pronuncie con terror el nombre del “Corsario Blanco”.

Varias veces fué llamada Wilhelmina Delft por el “Corsario Blanco”. Y en la última de ellas, el enmascarado insistió con vehemencia en la necesidad de atraer a emboscada al Conde Ferblanc, encomendando esta misión a la que estimaba más capacitada para ello.

Añadió que no debía dársele muerte, sin antes conseguir arrancarle cuantos datos fuese posible obtener acerca de los lugares de anclaje de la segunda Legión del Mar, que estaba organizando.

Wilhelmina Delft prometió, segura de sí misma, que el Conde Ferblanc sería su nueva presa.

Pero el “Corsario Blanco” manifestó que, aun creyéndola la más capacitada para atraer al galante aventurero, consideraba necesario hacerle constar que el Conde Ferblanc había salido indemne de muchas celadas.

Aseguró ella que emplearía su mayores recursos, dada la calidad de adversario.

Y regresó a Buenaventura.

Por el camino, como siempre, no pudo evitar el sentirse de nuevo intrigada por la personalidad del que se ocultaba bajo los blancos ropajes de la tela fingiendo calavera.

Tenía que ser alguien muy importante. Un hombre muy enterado de los asuntos internos del gobierno español…

Un hombre que despojado de las vestiduras irradiantes y la tela que cubría su rostro, podía ser cualquiera de los que frecuentaban su célebre casa de juego.

Destacó a varios secuaces para tratar de averiguar inmediatamente la posible llegada del Conde Ferblanc.

Había decidido un plan efectivo; llamar poderosamente, no con banales coqueterías, sino con más seguros efectos, la atención del hombre reputado como galante defensor de los que se hallaban en comprometidas situaciones.

Y tenía ya todo preparado. Sólo faltaba que llegara el Conde Ferblanc.

Anochecía, cuando estando ella en la antesala de su famosa casa de juego, fijóse en los dos desconocidos que acababan de entrar.

No le pasó desapercibido el ademán de sorprendida admiración con el que uno de ellos, de rojos cabellos y extraño dogal al cuello,

la miraba descaradamente.

Pero estaba habituada a tales demostraciones...

En cambio, la mirada del otro desconocido, más joven, produjo en la insensible holandesa, un especial desasosiego.

Nunca había sido contemplada con el absoluto despego con que estaba mirándola el joven desconocido, de hermoso rostro varonil...

Y por lo que ella pensó ser simple amor propio herido, decidió que aquel hombre tenia que postrarse rendido a sus pies.

Capítulo VI

Gregor Fedoropoulos sospecha...

Diego Lucientes tardó unos instantes en recordar que habían ido a la famosa casa de juego regentada por Lucero para obtener guanacias seguras.

—Magnífica es la dama, muchacho pero el deber nos llama. Tal como te dije, tu paséate, que cuando llegue el momento de que me tengas que ganar el alijo ya te avisaré. Hoy por hoy juego yo, y la vista es la que trabaja.

Entraron los dos en la vastísima sala, que semejaba gran nave de templo. Profusamente iluminada, abundaban en ella las mesas, en cuyo alrededor congregábanse jugadores.

Podían contarse con los dedos de las manos, las escasas mujeres que concurrían.

A los expertos estudios preliminares de Diego Lucientes, no escapó el detalle de que transitaban por la sala, afectando indolencia de aburridos, unos sujetos, que si bien vestidos pulcramente, eran en realidad espadachines encargados no sólo de conservar el orden, sino también de vigilar las puestas y los jugadores.

Eligió una de las mesas en que se jugaba al “reloj”; era un juego de reciente importación española y que hacia furor.

Colocábanse encima de la mesa, formando esfera, las doce cartas por orden correlativo: el as haciendo las veces de la una y así sucesivamente hasta el rey, que indicaba las doce.

Un banquero, que era el distribuidor, repartía las cartas restantes, e iba pagando las puestas colocadas encima de las cartas.

Sí salía la que él se reservaba, recogía todas las monedas colocadas junto a cada naipe.

Diego Lucientes, divisó junto a la mesa, un clásico ejemplar de estólido espadachín, de fieros mostachos y anchas espaldas.

—Perdonad, caballero —saludó amablemente el madrileño. —Soy forastero, y no me disgustaría probar suerte.

—No tenéis más que apostar por el naipe que más os atraiga, señor mío.

—Veamos qué resulta de eso —suspiró Lucientes.

Y colocó sus dos únicas monedas de oro encima del siete de espadas, mientras el banquero, iba diciendo:

—Acepto todo envite, acepto todo envite...

Para poco después añadir imperativo:

—Terminaron las apuestas, señores.

Empezó a lanzar cartas sobre la mesa, habiéndose reservado él, la sota de espadas.

La primera carta que salió fué el ocho, y Diego Lucientes murmuró, tomando por testigo al espadachín:

—Debí apostar al ocho.

El espadachín estaba ya convencido de que su interlocutor era un viajero poco ducho en lides de azar.

Permitióse sonreír cuando vió la cara compungida que ponía Lucientes al ver que el banquero, tras pagar varias cartas, recogía las restantes monedas, porque acababa de lanzar una sota.

—Lleva siempre las de ganar este buen señor —lamentóse Diego Lucientes.

—¿Por qué lo creéis así?

—Sacó su naipe antes que los otros seis que quedaban, entre ellos mi pobre siete.

—La suerte está por igual, señor mío. En el mazo que conserva el banquero hay tres naipes de cada tipo o sea, hay tres sietes como hay tres sotas. Bien veis que la suerte es la que decide.

—Yo nunca he jugado, pero creo que la suerte me sería favorable, si pillara yo los naipes y fuera lo que vos llamáis banquero.

—Podéis probar.

—Llevo escasa moneda..., pero en cambio tengo un dije valiosísimo que gustoso arriesgaría, si vos fuerais tan amable de servirme de instructor.

—Ved aquella dama vestida de terciopelo negro y de rubios

cabellos con diadema. Id a ella, que es dueña del lugar, y si vuestra joya es valiosa como pretendéis, os dará por ella, buena suma.

Fuese Lucientes y ante Wilhelmina Delft saludó con gentil inclinación colocado el tricornio en el costado izquierdo de su busto:

—Nunca fuí amante de juegos de azar, señora, pero esta noche picóme la curiosidad. No quiero arriesgar mis caudales, y en cambio bien quisiera exponer esta joya, porque me trajo siempre buena suerte, y soy fiel a ella. Si la empeño, no la perderé.

La holandesa examinó el dije, y aprobó mentalmente. Era una presea de gran valor.

—¿Qué precio queréis por ella en custodia, caballero?

—Dadme de momento un bolsón de mil onzas. Si pierdo, pediré otro, y si mi mala estrella quisiera que de nuevo perdiera, entonces, con el tercer bolsón que me dierais la joya sería vuestra, y nunca en mejores manos estuvo, cosa que de consuelo me servirá.

Hizo una seña ella, y a acudió un individuo, el cual recibió orden de traer mil onzas.

Mientras esperaba, Diego Lucientes "tanteó":

—¿Os molestaría, señora, el que os dijera que vuestro nombre de Lucero fué elegido con gran acierto?

—No pueden molestarme las frases corteses, caballero.

—Vuestra rubia aureola, la blancura de vuestra tez, y la vivacidad del fulgor de vuestros ojos, son misericordiosa limosna, para el que perdedor abandone la sala. Por si algo de mí quisierais, me llamo Diego Lucientes, y si torpe soy en juegos de azar, en cambio arriesgo todo por una sonrisa de mujer hermosa.

—En cuenta lo tendré si os precisara, caballero Lucientes, pero actualmente, servidores tengo y amores no quiero.

—Tampoco quería yo jugar y me picó de pronto el deseo. Y juegos y amores como un sarpullido brotan... Ahí viene vuestro servidor, portando el vil oro.

—Buena suerte tengáis, caballero Lucientes.

—Mucha tuviera si vos os dignarais admitir que cuando un caballero de Madrid se enamora, repican campanas de gloria, porque su elegida será feliz.

—Andad, y probad mejor suerte con los naipes, amigo, que toda mujer es fortaleza que no se rinde a asalto brusco, sino a sitio

paciente y sumiso.

Marchóse Lucientes encandilado, pero podía más en él, el riesgo de exponerse a ser descubierto “ayudando” el naipe, a emprender corte aunque la cortejada fuera de irresistible atractivo.

Volvió a interpelar al espadachín:

—Mil onzas tengo, caballero, y desearía ser banquero. Vos que tan amable parecéis, ¿podéis decirme qué debo hacer?

—Es sencillísimo, señor mío. Si vos decís: “copo”, el banquero tiene que ir contra voz a tres naipes de doble puesta... Y cuando vos le saquéis dos de ventaja, os quedaréis con la banca.

—Perdonad, pero pese a la claridad de vuestra explicación, no entiendo ni jota —dijo Lucientes, para el cual hacía diez años que el juego del “reloj” no tenía secretos.

—Yo os ayudaré, señor mío —dijo, servicialmente, el espadachín.

—No sólo en decir el “copo” y jugarlo, sino en recoger o pagar, caballero, porque mi brazo izquierdo está inservible, por corte antiguo. Os agradezco infinitamente tanta molestia.

—Soy empleado de la casa, señor mío, y una de mis obligaciones es servir a quien carece de experiencia.

Diego Lucientes supo desempeñar a la perfección su papel de novato, pagando primero algunas apuestas, para después ordenar con una sola mano las cartas, de forma que al ser cortadas, quedara abajo la carta por él elegida.

Y cuando llevaba ganadas tres mil onzas, manifestóse cansado y casi mareado de tanto ganar...

—Estoy aturdido, caballero. Tomad cincuenta onzas por vuestra gentil ayuda.

Quedóse el espadachín comentando que “los novatos siempre tenían suerte la primera vez”, y añadió para su capote, que ya el “pardillo afortunado” dejaría en días siguientes su capital.

Recuperó Lucientes el dije. Y durante dos noches ganó, haciendo intervenir en la tercera a Cheij Khan, el cual, siguiendo sus instrucciones, apostó fuertemente al siete de espadas; éste salió frecuentemente, amenguando en mucho las ganancias del banquero afortunado...

Y rondaban ya sus ganancias, compartidas con las que Cheij Khan iba embolsando, la bonita suma de ocho mil onzas, cuando

intervino el peligro cercano, bajo la apariencia de Gregor Fedoropoulos.

Hacía ya dos días que tanto los tres mesones, como la casa particular puestas a disposición del griego por los fondos de los arcones holandeses, habían ardido, reduciéndose a cenizas.

El griego no transitaba por lugar alguno, permaneciendo oculto en una de las habitaciones superiores de la casa de juego, también pagada con florines holandeses.

Pero sus agentes seguían actuando; ellos fueron los que en breves instantes incendiaron las cuatro edificaciones, dando muerte a todas las criadas de los mesones.

Ling-Fu, reservado y hermético, a nadie había hablado de los dos hombres caídos en el foso, y los que incendiaron los tres mesones, prendieron también fuego a la casa, sin a averiguar dónde se hallaba el oriental.

Y la siguiente actuación de sus agentes, sirvió a Gregor Fedoropoulos para averiguar algo gravísimo.

Llamó a la holandesa.

—¿Están en la sala los dos hombres que encomendé especialmente te encargases de vigilar?

—He cenado dos veces con ellos. El árabe, que ha de ser uno de los capitanes de la flota del “Corsario Blanco”, es de mi agrado. Tiene cualidades de jefe. El otro debió ser o es un pirata tramposo y bienhumorado, siempre dispuesto a la chanza.

—Error.

—¿Cómo dices?

—El otro, el pelirrojo de cicatriz vertical en la frente, y dogal de hierro al cuello, siempre con su manopla azul en la mano izquierda que es de hierro, se llama Diego Lucientes y es amigo personal e íntimo del Conde de Ferblanc.

—¿Un espía?

—Posiblemente. Y grave es la cosa porque Cheij Khan posee un plan de entrada a “Aguas Revueltas”.

—¿Qué debo hacer?

—Cuando, como tienen por costumbre, se dispongan a abandonar la casa cerca de la madrugada, invítalos a refrescar o busca pretexto que sirva para que beban o coman algo… y ya sabes el resto. Los quiero inermes y en mi poder.

—¿Significa muerte para Cheij Khan?



¿significa muerte para Cheij-Khan?

—No. Es posible que él no sepa quien es en realidad Diego Lucientes. Tiene nave y la precisamos. Si no ha revelado al otro la situación de “Aguas Revueltas”, una vez desenmascarado el pelirrojo, daré muerte a éste, y acompañaré al árabe para que con toda urgencia, ancle su nave en el citado lugar.

Acababa de entregar el griego el saquito conteniendo las potentes hierbas adormecedoras, cuando un agente llegó.

A todas luces veíase que acababa de efectuar carrera veloz, porque jadeante, gritó, enronquecida la voz:

—¡El Conde Ferblanc!

Capítulo VII

Los tres “tunantes”...

Carlos Lezama, cuando a raíz de su entrevista con el Gobernador, partió hacia Buenaventura para localizar las dos pistas conducentes a verse ante Gregor Fedoropoulos y la india llamada Lucero, decidió dirigirse primeramente hacia el acampado donde iban reuniéndose los marinos y oficiales de la Armada española, convocados por selección, para ser encuadrados en la Segunda Legión del Mar, que se estaba organizando.

Cundía ya como nombre de ella, en el celosamente custodiado campamento ribereño, el truculento de “La Implacable”...

A su frente, y provisionalmente, estaba un viejo capitán de galeón, encanecido en mil navegaciones peligrosas, el cual había aceptado con entusiasmo la idea de formar parte de “La Implacable”.

Y cuando a las tres de la madrugada los clarines anunciaron que en el campamento acababa de entrar el conde Ferblanc, el capitán Indalecio Guzmán saltó de su hamaca, y a medio vestir corrió hacia la tienda reservada exclusivamente para el jefe de la Segunda Legión del Mar.

El Pirata Negro acogió cordialmente al que consideraba un buen marino y un eficaz colaborador:

—Complacido en veros, capitán Guzmán.

—Honradísimo en saludaros, Conde Ferblanc. Por el instante no hay novedad digna de mención. Van acudiendo los convocados desde los más lejanos puntos. Hay tan sólo un despacho urgente destinado a vos, que llegó anoche. Procede de la avanzadilla de Infantes colocada en destacamento sobre la Loma de las Llamas, a los ocho grados Norte, y frente al litoral desierto de la frontera del

Virreinato del Perú.

Rasgó Lezama los lacres, para leer:

“Sargento en mando del destacamento de la Loma de las Llamas, hace saber al Conde Ferblanc, jefe del campamento de “La Implacable”:

”A primeras horas de esta mañana ha llegado a nuestra demarcación, un superviviente del poblado de Quetyal.

“El antedicho poblado ha sido arrasado, por ataque de un velero cuyas trazas, al decir del superviviente que logró escapar a las alturas, son las siguientes: lleva enseña de proa con el nombre “Islam”, enarbola pabellón de fondo azul con media luna en blanco, y todos sus tripulantes vestían las ropas de mahometanos.

”Atacaron en medio de griterío feroz, matando con salvaje encarnizamiento. Duró escasamente una hora la incursión, pereciendo cuantos habitantes tenía el poblado de Quetyal, compuesto aproximadamente de medio millar de seres entre hombres, mujeres y niños.

”El poblado de Quetyal era pobre, por dedicarse al pastoreo y la pesca. No obstante, los asaltantes, lleváronse a bordo cuanto ganado y enseres había en el poblado. Un pillaje cuyo escaso valor hace más repugnante a la conciencia la matanza realizada.

”Hechos que os hago saber, señor Conde Ferblanc, para que a vuestro superior juicio deis las oportunas órdenes concernientes al caso.

“Sargento Luis Sánchez.”

Carlos Lezama cerró el pliego, y, en silencio, lo tendió al capitán Indalecio Guzmán, mientras con gran perplejidad sumíase en reflexiones.

No debía Diego Lucientes haber entrado en contacto con “El Chacal”, ya que de haber sido así, no hubiera consentido que el “Islam” cometiera aquella salvajada imperdonable. Ignorante del motín, pensó que con aquel acto, el joven pirata habíase ya cerrado para siempre todo posible acceso a una vida honrada.

—Horrible en verdad —comentó, indignado, el capitán Guzmán —. Bien se ve que ha sido expedición pirata de castigo para propagar el terror entre los inocentes, como lo demuestra el mísero botín alcanzado.

—Mandad enlace a Santa Fe de Bogotá con este mensaje. Que el

Gobernador dicte los edictos que considere más oportunos para la pronta captura y castigo del "Islam" y sus tripulantes. No podemos aún disponer nada. Las tres naves que aquí tenemos, deben servir para salvaguardia de Buenaventura. ¿Conocéis por azar a un sujeto mesonero, llamado Gregor Fedoropoulos?

—Sí. Es el dueño de tres mesones del "acotado" norte. Un mercader afortunado, que consiguió el privilegio…

—Bien. Iré a visitarle.

Pero cuando el Pirata Negro frenó su caballo después de describir el ancho semicírculo que, bordeando la playa, le condujo al "acotado" de Gregor Fedoropoulos, sólo presenció cómo las llamas terminaban de devorar los restos de los cuatro caserones.

Iba ya a marcharse, cuando algo llamó su atención.

Para su costumbre de ver desmoronarse casas pasto de voraces incendios, había algo significativo en la caída de muros, y de techos de madera: en vez de rebotar en el suelo, muchos de los retorcidos maderos o de los bloques de piedra, hundíanse…

—Subterráneos —dijóse a sí mismo Lezama.

No había nadie a la vista en la casa que antes había sido el domicilio particular de Gregor Fedoropoulos.

Ya había divisado a ras de suelo varias calaveras…

De pronto, mientras su caballo andaba, tiró violentamente de las riendas, y los remos delanteros del animal, que ya resbalaban atraídos por la fosa cubierta de falso suelo de hojas, volvieron a tomar contacto con tierra.

Desmontó el Pirata Negro, y llevando tras él su caballo, fué con la punta de la espada tanteando el suelo, para seguir andando sin correr el peligro de hundirse en hoyos. Quería ver si hallaba resto o huella que le permitiera dar con otro paradero del griego misterioso.

Amartilló su pistola, después de dejar atado en tronco a su caballo. Siguió avanzando, para penetrar poco después por rampa que iba hundiéndose en el suelo. Fué apartando cascotes y cenizas, y terminado el descenso, ofrecióse a su elección un dédalo de túneles.

Recorrió, con todos los sentidos alerta varios de los pasadizos, todos los cuales terminaban en doble rastrillo, donde linternas alumbraban una fosa.

—Buen sitio para guardar secretos —dijóse.

Y cuando iba ya acercándose al cruce de dos pasadizos, encañonó a un cuerpo que le pareció tendido al acecho.

Pero aproximándose, vió que era un cadáver. El cadáver de un oriental.

Iba a deshacer lo andado, cuando un rumor llegó a sus oídos. Alguien hablaba...

En delirio de sed y hambre, el navarro Ambrosio Bustamante citaba visiones del pasado...

Hablaba de cerdos, vacas y pellejos de vino espeso...

Carlos Lezama inclinóse para recoger un llavero del cinto del oriental. Probó varias llaves, hasta que los dos rastrillos quedaron abiertos, y se detuvo para contemplar a “Cien Chirlos” y al apodado “Pencas”, los cuales, inconscientes, cerrados los ojos, estaban en el comatoso estado cercano a la agonía.

—¿Qué harán aquí ese par de tunantes? —gruñó Lezama, inclinándose para colocar, con hercúleo esfuerzo, a los dos exhaustos piratas, sobre cada uno de sus hombros.

Con la doble carga deshizo el camino, preparado a todo evento. Pero nadie le cerró el paso.

Obedeciendo las órdenes de Gregor Fedoropoulos, sus agentes habían abandonado el lugar, después de incendiar los barracones.

Y media hora después, los soldados que custodiaban desde el muelle el acceso al “Aquilón”, pusiéronse firmes a la voz de mando de su oficial, quien, como ellos, trató de no exteriorizar sorpresa al ver desmontar al que, con sendos empujones, arrojó al suelo los dos cuerpos inertes de “Cien Chirlos” y “Pencas”.

—Sin novedad, conde Ferblanc.

—Me place saberlo. Gracias, señor oficial. ¡Tú, guanajo! No me mires atónito, y ven con tu compañero a transportar a bordo a esos dos tunantes.

Ya a bordo, ordenó el Pirata Negro que fueran atendidos los dos hombres, con alimento y bebida en dosis adecuada para quienes, como ellos, llevaban dos días sin ningún sustento.

Y “Cien Chirlos” fué el primero en abrir los ojos. Incorporóse a medias, y por fin, cuando sus ojos lograron divisar con claridad, pasóse la lengua por los agrietados labios, por entre los cuales había ya corrido el cordial.

—En mi camarote estoy, don Marcelo. Allí espero que me expliques la tunantada.

Y poco después, ante el ceño fruncido del amo del “Aquilón”, “Cien Chirlos” explicó lo sucedido.

Tras él, y enflaquecido por el reciente ayuno, Ambrosio Bustamante parpadeaba, con leves síntomas de temor.

—...y como siempre, señor, tú llegaste para evitar que los que bien te sirven, perdieran tontamente la pelleja.

—Tonta es vuestra pelleja, muy cierto es. ¡Que mil rayos te confundan, so asno! ¿Quién te mandaba a ti a meterte a espía, si eres un oso torpe? No sirves más que para atizar, y no te vuelvas a meter a “deslizoso”, porque si vuelvo a pillarte con tripa seca, allí te dejaré para que te pudras. Y habla tú, “Pencas”, ¿qué opinas?

—Yo opino, señor, que culpa la tuve yo; porque tu lugarteniente si fué a la casa del hijo del Imperio Azul, fué porque yo por el aquel de ojear, fuí terco y apoyé insistiendo hasta hacerle perder las paciencias, y fué él, porque yo...

—Me lo acabarás de contar mañana. Pero yo opino lo siguiente: tanto tú, don Marcelo, como este follón de lenguazas, quedáis a bordo, sin asomar siquiera el hocico por la escala. Queda claro. Y en cuanto a lo de dar caza al “Islam” y su fiera de capitán, es singladura que emprenderemos dentro de unos días. Es preciso que el escarmiento sobre ese hatajo de asesinos sea sonado. Tan pronto llegue informe de la ruta del “Islam”, levaremos anclas. Va a ser el primer golpe de la “Implacable”, y colgarán de mis palos el capitán árabe y cuantos le acompañan, sean quienes sean.

Durante dos días dedicóse inútilmente el Pirata Negro a seguir la pista de la india Lucero y del griego.

Y regresaba de Santa Fe de Bogotá, cuando al coronar la pendiente que conducía al pueblo de Buenaventura, espoleó impulsivamente su caballo obligándole a entrar en el descampado, donde, junto a una carroza, una mujer debatíase en brazos de dos sujetos de rostro cubierto con antifaz.

Quizá atribuyó a su raudo galope, el hecho de que los dos enmascarados, soltando a la forcejeante mujer, emprendieran rápida carrera hacia sus caballos y montándolos, alejáranse presurosos adentrándose en la espesura, loma abajo.

Iba a perseguirlos el Pirata Negro, pero la asaltada lanzó un

débil quejido, tambaleándose...

Lezama desmontó de un salto, llegando a tiempo para recoger entre sus brazos a la que fingió adecuadamente un lógico desmayo, después de emoción falsa.

La trampa preparada iba surtiendo sus efectos...

Wilhelmina Delft en brazos del Pirata Negro, echada hacia atrás la cabeza, sintióse observada al resplandor lunar.

Y poco después, como quien despierta, murmuró:

—¿Dónde estoy?

—Perded cuidado, señora. Huyeron los bandidos. Lo que no veo es a vuestro postillón. ¿No llevabais lacayo?

—Dos, pero cobardemente huyeron al asaltar mi carroza dos enmascarados.

La carroza estaba permanentemente allí, en espera... Y el agente, que anticipándose al trote del Pirata Negro, había avisado a la intrigante, había permitido que ésta llegara a tiempo, para dar realidad de cosa frecuente por aquellos días a lo que no era más que trampa elaborada.

—Entonces, señora, ya que de cochero mal sirvo, permitid que os ofrezca mi caballo, y os acompañe a vuestra residencia que en mala hora se os ocurrió abandonar a estas horas.

—Tuve que ir a visitar a pariente enferma. ¿Cuál es vuestra gracia, vos que sois mi salvador?

Sonrió el Pirata Negro humorísticamente:

—Poca es mi gracia, señora. Llamadme Lezama.

—Yo soy Lucero.

—Tate... —murmuró el Pirata Negro, pero los espléndidos cabellos rubios, la blanca piel y la figura de la desconocida, en nada correspondían a la descripción que se le hizo de la india Lucero—. Me suena vuestro nombre.

—Corriente es.

—Pero en vos encaja como anillo al dedo. Lástima que casado sea, porque inquiriría si soltera erais. Permitid.

Y el Pirata Negro, enlazando el esbelto talle de la lozana hermosa, la colocó delante de su silla, para montar cogiendo las riendas, mientras ella, como vencida por el reciente desmayo, sujetábase al cuello del Pirata Negro.

Sonrió de nuevo el Pirata Negro, pensando que quizá su esposa,

de verle en tal postura, se quejara de su excesiva predisposición galante que le hacía acudir impulsivamente en defensa de toda mujer en peligro.

Y la que se le abrazaba comunicándole la grata tibieza de su cuerpo, era "condenadamente seductora", meditaba el Pirata Negro mientras dando media vuelta, obligaba al caballo a entrar en el sendero.

—¿A donde os conduzco, Lucero?

—Me alojo con mis padres —mintió ella.

—¿Dónde?

—En la casa de mármol de la ladera oeste, en la calle de los Mártires.

—Guiadme, porque la desconozco.

Iba ella indicando los callejones y avenidas y su aliento fresco añadía encanto a la luz brillante de sus grandes ojos.

Empezó el Pirata Negro a sentirse incómodo porque a su pesar, reconocía que aquella espléndida belleza rubia, era peligrosa.

Pero sólo le concedía peligrosidad de mujer bonita. Y hasta pensó que el rostro redondo tenía un candor de inexperta jovencita...

Ella, en silencio, iba señalando de vez en cuando el camino que había de seguir, y de este modo, guió al jinete hasta la recoleta entrada posterior de la gran casa de juego.

Fué el propio Gregor Fedoropoulos el que, portando en alto una linterna, representó a las mil maravillas, el papel de un padre angustiado, balbuciente de preguntas atropelladas, que abrazaba frenéticamente a su presunta hija..., la cual, con encantadora confusión, se excusó de pronto:

—Con la natural alegría, habíame olvidado de presentarte, padre mío, a mi salvador, el caballero Lezama.

—Gracias os sean dadas de todo corazón, mi buen señor —balbució el griego, como hombre aplastado bajo el peso de un indecible agradecimiento.

Y llevó su arte hasta el extremo de remedar un besamanos, que atajó el Pirata Negro, retirando la diestra.

—Castigad a vuestros lacayos, señor, que no supieron defender a vuestra hija. Y ahora me retiraré...

—¡De ningún modo, caballero! —exclamó ella—. Nos ofenderéis

si, como mínima prueba de nuestra inmensa gratitud, no consentís en descansar un instante, mientras mi padre conduce al abrevadero, y da pienso a vuestro fatigado caballo.

Fué dicho con tal donosura, y era tal la impresión de gentileza que causaba la holandesa, que el Pirata Negro pensó que el negarse fuera descortés.

Y mientras Gregor cogía de las riendas al caballo, Wilhelmina Delft precedía a Lezama por un amplio corredor a cuyo final abríanse las puertas de una sala, modestamente amueblada al estilo colonial de moda entre la clase media.

A la invitación de ella sentóse Lezama, abanicándose con el chambergo porque en la sala hacía calor. Lo atribuyó a los cortinajes, y también a los dos pebeteros que en cada esquina, desparramaban un denso perfume después de que ella echara en la brasa unos polvos.

Otra costumbre entre las damitas etéreas, meditó Lezama, deseando irse prontamente para substraerse al influjo de la aromática y vaporosa nube de los pebeteros y la atracción que emanaba del menor de los gestos de la holandesa.

—¿Preferís hidromiel o mixtura de frutas guayabas? —invitó ella, con amable sonrisa.

Y simuló perfectamente la cohibida actitud de la damisela a solas con un invitado.

—Acepto un sorbo de hidromiel —dijo Lezama.

Ambos frascos contenían ya narcótico. De espaldas, ella simuló servirse, pero en realidad no llegó a volcar ni a verter el frasco, porque su vaso ya estaba preparado, lleno a medias.

Y bebió la primera, mientras el Pirata Negro, sediento, apuró de un sorbo el contenido del vaso.

Volvió ella a servirle...

—Tengo la impresión de haberos visto en otra ocasión, aunque salgo poco de casa —afirmó ella, sentándose ante Lezama.

—Poco he frecuentado estos parajes y creedme que lo siento —dijo el Pirata Negro, con fácil y banal galantería.

Se abanicó con más fuerza, percibiendo que en su frente perlaba el sudor.

—Si os molesta el calor... —empezó ella a decir.

—Os agradecería que abrierais la ventana, y perdonad, pero

estoy… más bien acostumbrado al espacio libre y…

No sospechó nada el Pirata Negro, atribuyendo el pasajero mareo al asfixiante calor de la sala y al humo de los perfumes enervantes que despedían los pebeteros.

Y cuando de su diestra cayó el chambergo, ya no pudo pensar en nada, porque ya el narcótico poderoso había actuado, privándole de sentido.

Quedó perniabierto y colgante la cabeza sobre el pecho, lasos los brazos. inertes.

Wilhelmina Delft, que había hecho ademán de ir a abrir una de las ventanas, se detuvo.

Gregor Fedoropoulos entró, sin demostrar ningún sentimiento en su rostro vulgar.

—¿Será llevado al “Corsario Blanco”? —inquirió ella.

—Sí.

—¿Ahora?

—Antes ha de aclarar algo importantísimo. Deseo saber si su amigo Diego Lucientes le entregó el plano que yo di al capitán Cheij Khan.

—¿Por qué desconfías del árabe? Cierto es que manda en nave pirata.

—Necesitados estamos de capitanes, si son adictos. Que lleven a este hombre a la sala alta, y lo aseguren en el escabel firme.

Fué la holandesa en busca de tres agentes, que entre ellos lleváronse al Pirata Negro.

En la sala, abrió Wilhelmina las dos ventanas de par en par, y mientras cuidadosamente iba colocando encima de la mesa servicio completo para un banquete, manifestó Gregor Fedoropoulos.

—Tanto el árabe como el pelirrojo deben quedar en el mismo estado indefenso que el Conde Ferblanc. Y que al despertar, hablen entre sí. Sabremos a qué atenernos. Y recuerda que el árabe sólo come dátiles, miel y carne cruda y no bebe más que agua.

—Lo sé perfectamente.

* * *

Eran las tres de la madrugada, cuando Diego Lucientes, iba “aligerándose” de sus ganancias y sirviéndoselas a Cheij Khan, dándole carta favorable.

Y cuando rascóse la ceja, en ademán convenido, quiso significar

que ya bastaba.

Al levantarse Cheij Khan, casi tropezó con Wilhelmina, que estaba en pie tras su sillón.

—Favorable te es la suerte, Cheij.

—Quien no busca la ganancia, nunca pierde.

—Tus frases son siempre tristes, Cheij. Mal debe haberte tratado el mundo.

—La estrella no es como la queremos sino como nos brilla.

—Elige el Lucero y aciertas —intervino Lucientes aproximándose y sopesando la bolsa repleta que colgaba de su cinto —. Todo se realza en belleza a la que vos aparecéis, mi linda dama.

—Una cena de madrugada os tengo dispuesta, ya que costumbre es de la casa, festejar a sus ganancioso para que vuelvan, y si es posible, devuelvan lo que ganaron.

—Los dineros del sacristán, cantando se vienen, cantando se van —canturreó Lucientes, para mentalmente añadir que aquella vez el certero refrán mentiría.

—No tengo hambre ni sed —dijo Cheij Khan—. Vayámonos, Lucientes.

—Pecado de lesa galantería negarse a libar copa servida por tan liliales manos —sonrió el pelirrojo —. Si tu no aceptas, yo sí, y con agrado.

Cheij Khan miró el cinto de su amigo y decidió que debía quedarse, pero comentó:

—No estaremos mucho tiempo, Lucero. Son ya tres las noches que pasamos en este antro.

—¡Muchacho! —fingió escandalizarse Lucientes—. Llamar antro a mansión tan espléndida, es irreverencia imperdonable. Lucero es fulgor que embellecería una pocilga, si se dignara echar bazofia a los cerdos, con perdón sea dicho.

Cuando los tres estaban en la sala, de mesa ya dispuesta y sentábase Cheij Khan, Diego Lucientes antes de ocupar el sillón señalado por la holandesa, sintióse irónicamente agresivo:

—¿Pódéis explicarme, linda flor de miel, por qué ha poco me mirasteis con algo muy parecido a desdén?

—Os conceptúo demasiado enamoradizo y constantemente propenso al madrigal. Y hombre así, es corno abejorro zumbador, que en ninguna flor se posa.

—Abridme los pétalos de vuestros brazos y me posaré eternamente, que ansío amar, porque enamorado estoy del amor.

Cheij Khan asistía, sin interés, al duelo verbal entablado entre los dos.

Y cuando oyó alusión a sí mismo, tampoco prestó atención. Pensaba en Gabriella Lucientes, la amada imposible, y en el Conde Ferblanc, el único hombre ante el que había huido...

—Tengo tal adoración por el amor, que por eso ando vagabundo sin hallarlo. Creo que en este inmundo mundo, sólo se da una vez por siglo y los demás, menos afortunados, nos contentamos con vivir imaginativamente sueños que la prosaica realidad mata al poco tiempo, dejándonos amargura. Pero tenemos simulacro de felicidad, renovando la ilusión. Vemos una morena cimbreante y nerviosa, que tiene en sus ojos hondura de ansias insatisfechas y pensamos que, como nosotros, es una enamorada del ideal. Luego resulta un tarugo con malas digestiones. Admiramos la rubia indolente, de pasos alados y piel de nardo. Pensamos que es la poesía humanizada y luego... luego...

—¿Luego, qué? —retó ella, porque durante el diálogo, y por dos veces había bebido Lucientes.

Y el aburrimiento había hecho beber fresca agua, también narcotizada, a Cheij Khan.

—Dejadme probar y os lo diré —sonrió Lucientes.

—Os he adivinado, don Diego. Vos sois el clásico ejemplar de egoísta incapacitado para entregar el corazón, y os escudáis en presuntas incapacidades femeninas para echarles a ellas la culpa de que vos no seáis mas que un escéptico.

—Escéptico es quien no cree en la mujer, pero... yo encuentro que la mujer es un animal adorable —dijo Lucientes, con el cerebro algo atrofiado y la lengua levemente espesa.

—Grosero sois.

—Así me hicieron ellas. Comprobé... ¿qué es lo que comprobé? —preguntóse a sí mismo Lucientes, tratando de reunir sus dispersas ideas— ¡Ah, sí!... Comprobé que el único animal que muerde la mano que le acaricia es la mujer... y por eso prevengo a Cheij Khan contra ti... Lucero, porque eres... hermosa, pero hay algo que no me acaba de gustar en ti. Y veo que estas bebiendo los vientos por “El Chacal”...

—Estáis insultante y por añadidura, os habéis emborrachado. Vacila vuestra voz y vuestra lengua tartajea…

—¿Yo… borracho? Barriles y arroyos he bebido. Pero… repámpanos… esto va mal. ¿Qué pasa que…?

Y de pronto abatió el madrileño su cabeza contra 1a mesa, volcando la copa que desparramó el vino.

Cheij Khan entornó los parpados, sintiendo que una pesadez intensa invadía sus miembros.

Y lo último que vió fué la sonrisa de la llamada Lucero, una sonrisa que nada tenía de maligna porque Wilhelmina Delft, por vez primera, amaba a un hombre.

Con todos sus sentidos deseaba que, cuando los tres hombres despertaran y hablaran entre sí, quedase demostrado que Cheij Khan era digno de servir en la flota del “Corsario Blanco” y ella acariciaba la esperanza de que con el tiempo lograría disipar en aquel joven su indiferencia por todo.

Gregor Fedoropoulos entró acompañado de cuatro agentes y poco después él solo con la holandesa contemplaba el espectáculo que ofrecía la sala alta.

Iluminada en cada esquina por doble linterna, tenía tan sólo cuatro escabeles extraños.

Eran como taburetes, empotrados sólidamente en el suelo y parecían ancha seta, de asiento llano y rígido pie circular.

En la base del cilindro sobresalían a cada lado dos anillos de hierro y en la pared había otras dos argollas, que servirían para inmovilizar a quienes fueran forzados a sentarse.

Era el instrumento destinado judicialmente para interrogatorios, y que, junto con la casa, había sido vendido como un mueble más, muy útil para el griego y la holandesa.

Cada escabel ocupaba una esquina de la sala poco espaciosa, donde en otros tiempos, en su centro, colocábase mesa para juez y su escribano.

En uno de ellos, el Pirata Negro sentábase con el busto inclinado, retenido por las muñecas amarradas en las argollas a sus espaldas.

Sus tobillos estaban presos con la misma solidez en las otras dos anillas.

Y en la esquina opuesta y frente a la suya, ocupando la misma

posición, hallábase Cheij Khan.

En la intermedia, Diego Lucientes roncaba sonoramente...

—Tardarán a lo más una hora —dijo el griego —. Podemos cenar y después oiremos lo que tienen que decirse.

* * *

Aunque el Pirata Negro había ingerido doble dosis de narcótico que los otros, fué el primero en ir lentamente despertando de su modorra, porque también había sido adormecido mucho antes que sus involuntarios compañeros de escabel.

No abrió los ojos, porque primero quería aclarar sus ideas. Sintió en sus muñecas y tobillos la mordedura de los cercos metálicos.

Estaba prisionero...

Recordó la carroza... La rubia candorosa... El padre atribulado... Los pebeteros... El hidromiel...

Su rostro se coloreó a efectos de una íntima e intensa exasperación, mientras dedicábase toda clase de variados epítetos, entre los cuales el menor era el de “pardillo con pretensiones ele galán experimentado”.

Descorrió las pestañas, fingiendo seguir adormilado. Y pestañeó en el colmo de la sorpresa.

Aquel durmiente, también prisionero, era Cheij Khan, “el chacalillo”, como sin saber por qué le llamaba él, casi con afecto.

¿Qué hacía allí preso?

Ladeó la cabeza para comprobar dónde se hallaba. Una sala vacía, y bien iluminada.

Y al volver la vista a la izquierda, abrió del todo los ojos, ya francamente intrigado...

—Tate... ¡El que faltaba! —gruñó, mirando a Diego Lucientes que roncaba ya con menos sonoridad.

Rió brevemente, con burlona irritación:

—¡Aquí estamos! ¡Los tres tunantes!

Capítulo VIII

Maese Huarte se siente sangriento...

Nemesio Ordóñez, el soldado de casa-cuartel del Tercio de Flandes, destacado en Santa Fe de Bogotá, había sido puesto al servicio permanente de Alfredo Huarte.

Y su coronel, retorciéndose los fieros mostachos, prenda capilar que para el caletre de Nemesio, era adorno muy apreciado por todos los jefes del brioso cuerpo de Infantes, habíale ordenado aquel servicio, acompañándolo de observaciones particulares.

—Tú eres un vivillo que te las das de muy listo, Nemesio. Sabes limpiar y cocinar como el mejor, pero te pasas de ardilla.

—Sí, mi coronel —había asentido Nemesio, que nunca estaba tranquilo ante su superior máximo.

—El gobernador ha decidido que el Señor Huarte, se aloje como huésped de honor aquí, porque está preparando una gaceta al igual que la que creó en Puerto Colombia. El señor Huarte es un talento de los de verdad, y por eso a un tontolín como tú, te parecerá que está siempre pensando en las musarañas, pero eso es propio de los talentos. Tú vas a servirle a él, como si yo mismo fuera. Y ten cuidado, perillán, que como sepa yo que te tomas confianzas, o mal le sirves, te hago trizas y de tus restos me hago una vaina. Creo que quedas bien advertido.

Y Nemesio Ordóñez, quedó advertido. Muchas veces le producían risas, los modales excéntricos del gacetillero, pero sabía reprimirlas.

Y estaba agradecido, porque el gacetillero le daba poquísimo trabajo. Cordilla para su gato adoptado, frecuentes salidas en busca de papel, plumas y tinta, y poco cocinar, porque aquél comía escasamente y a horas desordenadas, desorden que le explicó, en

ocasión de estar devorando una loncha de pan cubierta de aceite con sal, vinagre y tomate:

.....Tú eres un aguerrido milite, Nemesio, y es tu obligación conservar fuerte tu cuerpo. Por eso debes acatar el sano régimen de comer al son de clarín. Yo, esclavo de la inspiración, como cuando me lo pide esa víscera fastidiosa que tenemos en el centro del cuerpo. Y según lo que debo escribir, así yanto. Habrás visto que he bebido vino, rojo como la sangre, he comido jamón, rojísimo y estoy ahora deleitándome con ese vegetal rojo, cuyas virtudes pocos conocen. El tomate es bélico, Nemesio. Enciende la sangre.

—A mí, con vuestro consentimiento, que me den morcilla, magras, buen vinazo y cosas de esas que al riñón se pegan. Eso sí que enciende la sangre.

—Ignaro eres y no te culpo, Nemesio.

Dió Alfredo Huarte dos recios mordiscos al pan empapado en tomate, y dijo, con la boca llena:

—Estoy sangriento, Nemesio. Quiero sangre.

Nemesio Ordóñez estaba ya tan convencido de que aquel hombrecillo talentudo, era incapaz de matar ni siquiera a una lagartija, que prefirió callarse, aunque su rostro manifestó lo que pensaba.

—Aquí donde me ves —y secóse Huarte la boca, para después pasarse elegantemente por el fondillo de los pantalones la mano que sirvióle de servilleta —tengo a mi disposición el arma más temible, el arma que en venideros siglos hará temblar a los poderosos y será lanza rota en defensa del humilde. ¡Esta!

Y con energía, blandió Huarte la pluma que acababa de coger:

—Sacar como sacar, bien puede echar afuera un ojo, si se esgrime con buen pulso —aseguró Nemesio Ordoñez, para complacer.

—No es arma de esta clase. Mojada en tinta es como ataca. ¡Tráeme tinta de la de cochinilla roja! Me inspirará...

Desapareció Nemesio en busca de la tinta colorada, que solía emplearse para dibujar viñetas en el margen de los documentos.

Salió maese Huarte a pasear por el desierto patio del cuartel. Todos dormían, menos los centinelas.

Y Maese Huarte entró en las cocinas, en su paseo sin rumbo, para coordinar las ideas esenciales del inflamado escrito que

preparaba para La Voz del Hurón, que iba a ser lanzada a la calle, dentro de tres días.

El primer número de la gaceta que... Y se detuvo maese Huarte en sus pensamientos, porque estaba viendo algo curioso.

Un cocinero, junto a una caldera colocada encima de una hoguera, volvía y revolvía entre sus manos grasientas una tortuga.

El aspecto de profunda resignación con la cual el pobre animal se dejaba examinar, sin siquiera substraerse a la mirada del ranchero, emocionó al sensible gacetillero.

—Hola, amigo. ¿Qué se hace?

—Ya veis, maese Huarte —replicó respetuosamente el ranchero, también "advertido" como todos los soldados —. Cacé esta tortuga y prepararé sabrosa sopa para un oficial inglés que tenemos de invitado.

—¿Cuánto quieres por ese sufrido quelonio?

—¿Que... quelonio?

—Te compro la tortuga.

—Vuestra es, que dijo el coronel, que todo es vuestro aquí.

—Gentil es el coronel —decretó Huarte, cogiendo con delicadeza el animal, que perneaba ladeando la fea cabeza escamosa.

Quedóse el ranchero meditando que entre los muchos calificativos que había oído aplicar al coronel, nunca figuró el de gentil.

Maese Huarte regresó a su leonera, colocando la tortuga sobre el suelo.

Monologó en voz alta:

—Es simplemente una tortuga de la especie más común: *testudo lutaria, sive aquarium dulcium*, lo cual quiere decir, según Linneo entre los antiguos, y según Ray entre los actuales, tortuga de estanque o tortuga de agua dulce...

Oyó entrar a Nemesio Ordóñez y aprovechó la ocasión para instruir a un representante del ejército:

—Has de saber que los reptiles se dividen en cuatro categorías: los quelonios o tortugas que ocupan el primer rango; los saurios o lagartos que ocupan el segundo; los ofidios o serpientes, que ocupan el tercero y, por fin, los batracios o ranas que, van a la cola de la clasificación.

La tortuga dirigióse rectamente hacia el hogar con cierta

agilidad, atraída por el escaso fuego de papeles y astillas.

—Quedas bautizada, Gacela —decretó Maese Huarte.

Sólo entonces vió al animal el ordenanza, que acababa de depositar el tintero encima de la mesa.

—¡Anda! ¡Pero si es una “caparazona”! —definió, regocijado.

—Tortuga y atiende al reciente nombre de Gacela.

—Esa “costrosa” pueda soportar el peso de una carroza...

—Nemesio, de ahora en adelante te preocuparás por ese quelonio.

—Bien, maese, y no hay miedo que la pise. Puede llevar encima todo un cajón de municiones.

—No hagas tal experiencia. No dudo que la gran tortuga de mar, la *testudo mydas* lleve grandes pesos, pero esta de la especie dulce y diminuta...

—No importa, maese. Más pequeñas he visto yo que llevaban pesca de miedo.

—No insistas, milite. A partir de mañana, traerás lechugas y caracoles, que es manjar predilecto de este quelonio. Y ahora, puedes retirarle a reposar, mientras yo trabajo.

—¿A qué hora os traigo el jugo de cafetal, maese?

—Al toque de diana, que para la noche tengo amplia provisión. Buen reposo, Nemesio.

—Y a vos, maese.

Al quedarse solo, contempló el madrileño a la tortuga, pero ésta, quizá agotada por las emociones, había hecho desaparecer patas y cabeza en su caparazón: dormía.

Maese Huarte sentóse, alisó el papel, apartó varios libros y multitud de papeles donde anotaba sus informes y hundió vigorosamente la pluma más aguda en la tinta roja.

Era feliz, porque gracias a la recomendación del Conde Ferblanc, el propio Gobernador, hombre afable y encantador, había puesto a su disposición todo lo necesario para que en tres días pudiera publicarse La Voz del Hurón, en Santa Fe.

Pero ahora, primero, iba a componer el cartel y necesitaba que fuera redactado enérgica y convincentemente.

Maese Huarte era de natural bondadoso, pero no por eso desconocía a la humanidad.

Y con la pluma bañándose en el tintero, monologó:

—No basta excitar la indignación. Hay que suscitar la codicia, esa funesta pasión tan humana. Y ser grandilocuente, implacable, sangriento.

Y con claras letras mayúsculas, escribió:

“TODO HOMBRE HONRADO PIDE
LA CAZA DEL INHUMANO CHACAL”.

Echóse para atrás, y la tinta roja le pareció vibrante, lamentando que la imprenta puesta a su disposición no pudiera grabar en rojo aquel principio de cartel que tres días después aparecería pegado a todas las paredes de encrucijada.

Pluma en mano, tenía la prosopopeya de un tribuno:

> “Nobles habitantes de la comarca colombiana:
>
> ”Hechos hay que inspiran la más honda y acabada repulsión. Tierra la nuestra de luchas y constantes inquietudes, donde a veces puede perdonarse el descarrío de seres mal encaminados. Pero no puede haber perdón para los responsables de la matanza, del poblado de Queytal.
>
> ”Un poblado de pacíficas costumbres, pobre pero feliz, porque sin ambiciones sustentábase de las labores del campo y de la cosecha plateada del mar.
>
> ”Ya sabéis la suerte que corrió. Pasados a cuchillo sin distinción de sexos ni edades, desde el tierno infante promesa de hombre, y la débil niña, promesa de madre...”.

Tachó Huarte la última palabra, substituyéndola por “esposa”.

Y continuó:

> “...hasta la anciana ejemplo de virtudes hogareñas. Nadie ha quedado del pueblo de Queytal, salvo el hombre que pudo relatar la horrible matanza realizada por los piratas árabes que tripulaban el velero capitaneado por el ya conocido engendro de maldades, apodado “El Chacal”, de nombre Cheij Khan.
>
> ”¡Esta es la cabeza que urge ver rodar por las gradas

> del patíbulo que pido erigir permanentemente! No hay perdón ni clemencia para tan horrendo crimen. Crimen del que es único responsable el que desembarcó su jauría de salvajes para dar muerte horrible a pacíficos y pobres labradores.
>
> ”Nuestro Gobernador, espejo de ciudadanos preclaros, ofrece mil onzas de oro a quien proporcione datos que conduzcan a la pronta captura de Cheij Khan, “El Chacal”.
>
> ”En el primer número de La Voz del Hurón irá una descripción completa del aspecto físico de ese Satanás redivivo”.

Cuando se entusiasmaba, maese Huarte no vacilaba en acudir a recursos truculentos.

> “Vigilad, ciudadanos. Estad alerta contra ese diablo feroz, que no tiene perdón, por ser el más maligno de los piratas que pretenden asolar la Costa Dorada.
>
> ”Es el más cruel, porque no tiene siquiera la triste atenuante de haber matado por codicia.
>
> ”¡Todo hombre honrado pide la cabeza de “El Chacal”!

Respiró anhelosamente maesa Huarte, jurándose que de verse frente al que un día se le presentó como el filósofo Louis de Jouvenel para raptar a Mireya de Ferjus[3], tendría el ímpetu acometivo de un forzudo defensor del bien.

Pero por el instante, la pluma era su arma…

A la noche siguiente, regresó bastante tarde maese Huarte. Había sostenido una interesantísima conversación con Ramiro Luances de la Gándara, el encantador prohombre, representante del Virrey en la ciudad de Santa Fe de Bogotá.

A los primeros pasos que dió por la habitación, algo crujió bajo su zapato. Levantó rápidamente el pie, apoyando todo el peso de su cuerpo sobre el otro pie.

El mismo crujido dejóse oír de nuevo. Maese Huarte, corazón

valiente, pero cuerpo medroso, empezó a sudar creyendo en infernal trampa tendida por aquellos a los que fustigaba implacablemente con la pluma.

La llama de la vela que sostenía en la temblorosa mano, osciló, hasta que cayó en la cuenta del ruido misterioso.

El suelo estaba cubierto de caracoles.

Nemesio Ordóñez había obedecido, colocando un gran cesto lleno de caracoles junto a la tortuga. Y la caravana habíase puesto en lenta marcha, seguramente por instinto de conservación.

"Gacela" iba devorando uno tras otro los babosos, que dejaban un rastro plateado por el suelo.

—Cruel naturaleza —filosofó maese Huarte —. Los grandes devoran a los pequeños. La fuerza bruta se impone. De ahora en adelante, sólo comerás caracoles los domingos. .

Y fué recogiendo uno por uno los que quedaban, para colocarlos en el cesto, que poco después abandonaba en medio del campo.

Regresó y antes de dar forma a un furibundo ataque contra los piratas que iban agrupándose en el misterioso sitio conocido por el rumor como "Aguas Revueltas", movió el índice hacia la tortuga:

—Sólo los domingos, ya lo sabes, "Gacela". Y serán caracoles cocidos, para que no sufran angustias huyendo lentos a tu más lenta persecución, cosa cruel.

Escribió retahila de diatribas y como esperanza, anunciaba que pronto la "Implacable" al mando del Conde Ferblanc, terminaría con cuantos se agazapaban en el lugar que pronto sería descubierto, aunque por el momento, pese a todas las búsquedas, siguiera siendo un secreto la exacta posición de "Aguas Revueltas".

Capítulo IX

La voz de la sangre

El Pirata Negro repitió, irritado:

—Los tres tunantes: el fiero león, el valiente chacal y el pelirrojo truhán.

Lo dijo tras larga espera, y cuando vió que Diego Lucientes movía de arriba a abajo la envarada cabeza, susurrando inaudibles palabras de rotunda terminación.

—¿Qué hay, pichón? ¿Has dormido a gusto?

Abrió instantáneamente los ojos el madrileño, despejado ya por completo al oír la voz brusca y sarcástica del Pirata Negro.

—¡Repámpanos! ¿A ti también te dieron adormidera?

—¿Qué haces aquí, alma mía? ¿Eh, tunantón? ¿No te las dabas de despabilado, astuto y rebosante de agua de Lozoya con la que te lavaron de mamoncete?

—No creo que estés tú de invitado, ¿o llevas las amarras por hacerte el travieso?

Y los dos se miraron exasperados.

—Falta uno para jugar a las cuatro esquinasv—masculló Lezama, señalando con el mentón el escabel desocupado.

Contempló a Cheij Khan, que aun seguía bajo los efectos del narcótico,

—Bebedor de agua —dijo Lucientes —Tardará en despertar, porque nunca pilló media “jumera”.

El Pirata Negro contemplaba al durmiente que, echada hacia atrás la cabeza y sumido en sueño que borraba todos sus pensamientos, tenía en el rostro una expresión infantil...

—¡Maldita sea! —gruñó Lezama.

—Eco —replicó Lucientes, malhumorado, viendo que de su cinto

había desaparecido la bolsa, al igual que del de Cheij Khan.

—¡Es absurdo!

—Eco —repitió Lucientes —. Es absurdo que tú, tan listo, te dejes atrapar como un cadete y que yo, que me las sé todas, me deje limpiar las honradas ganancias. Pero lo que no comprendo es qué haces tú aquí, y por qué estamos el chacal y yo amarrados.

—Ya lo sabrás cuando venga el que aquí nos acomodó. Lo que yo no comprendo es lo que me ocurre mirando a este mozo. He prometido matarle y si tuviera las manos sueltas al igual que los pies, les daría libertad para cumplir mi palabra... y, sin embargo, verle me produce una sensación que no sé explicar. Es indefinible, molesto...

—Lo que yo quiero saber es por qué mil peonzas locas estamos el muchacho y yo amarrados. ¿No les bastó con limpiarnos las bolsas, o es que además quieren "recochinearse" haciéndonos burleta? ¿Y tú, dilecto Conde Ferblanc, qué haces aquí?

—Tomando el fresco...

Y cambiando el tono irritado, por otro reflexivo, añadió el Pirata Negro, que no apartaba la vista del durmiente: ,

—Me produce extraña sensación ver a este mozo dormir como si en su vida hubiera roto un plato. Da la impresión de ser un niño que despierto es jabato peleón y que al dormir cansado, vuelve a ser una criatura que...

—Oye, conde, no creerás que estoy aquí para escucharte sandeces. No veo por qué estamos los tres más amarrados que buey en yunta. Tratemos de aclarar las cosas.

—Tiempo has tenido para aprender una lección, estudiante. Cuando pirateabas conmigo en apuradas estuviste y bien te enseñé, que de nada vale devanarse los sesos hasta que el momento llegue. Y aquí el momento llegará cuando venga quién así nos acomodó.

—Pero yo soy curioso por naturaleza.

—Di que te vas haciendo viejo y temes por tu pellejo.

—No puedo suponer que vayan a rajarme en canal por trampa de más o menos. Y estar los tres juntos es algo carente de toda lógica.

—Tú escogiste seguir la senda de piraterías repugnantes de este mozo, de cara de querubín cuando duerme y fiera sin perdón, cuando abre los ojos.

—Cuando nos separamos prometí, que, por donde fuera, seguiría yo a “El Chacal”.

—Y en mi enemigo te has convertido, Diego Lucientes. La misma hacha que corte el cuello de este mozo, segará el tuyo.

—Corta menos, Conde Ferblanc, que mal te veo.

—¿Qué importa que a mí me “apiolen”? No por eso dejará de haber un verdugo esperando.

—Muchos verdugos me esperaron y siguen sentados, ya enmohecida el hacha o deshilachado el cáñamo colgante.

—No puedo comprenderte, “Medio-Brazo”. ¿Cómo pudiste tú ser cómplice de la asquerosa hazaña de Queytal?



No finjas ignorancia, Lucientes.

Diego lucientes arqueó las cejas, atónito.

—¿Qué tal? ¿Eso con qué se come?

—No finjas ignorancia, Lucientes. Siempre te reputé un bala perdida de cabeza caliente... ¡Pero por cien mil vidas que yo tuviera, nunca te hubiese imaginado capaz de ser cómplice de viles acciones cómo la de Queytal!

—Tú estás como un cencerro —sentenció Lucientes.

Y era tan evidente su sinceridad, que el Pirata Negro comprendió que no mentía.

Iba a explicar la matanza realizada por los joasmes del “Islam” al solo mando de Harbin-el-Neid, cosa que ignoraba, pero quedóse en silencio, de nuevo molesto, al sentirse observado por la mirada de Cheij Khan, que acababa de abrir los ojos.

Y duró el silencio tanto, que el propio Lucientes, pese a su

irritación, sintióse también embarazado.

—¿Qué os pasa? ¿No os conocéis? Os miráis como si fuerais dos fantasmas. —Y con ácido humor, añadió:— Señor Conde Ferblanc: tengo el honor de presentaros a Cheij Khan, “El Chacal”. Perdonad que siga sentado, pero razones de comodidad ajenas a mi voluntad, me impiden ponerme en pie.

Cheij Khan, con ronca voz y brillantes los ojos, pronunció lentamente y con pueril enojo:

—Yo no té huí por miedo, Conde Ferblanc. No te huí porque tuviera temor de ti.

Diego Lucientes estalló colérico:

—¡Cesad la charla amena! Por lo visto, tengo que haceros ver que estáis amarrados por genio burlón que dispuso que vosotros dos que os deseáis matar y yo que ni me va ni me viene, estemos aquí los tres inmovilizados y a disposición del infierno sabe qué granuja sinvergüenza que...

—¡Chítón! —atajó violentamente el Pirata Negro.

Su tono autoritario y algo extraño que flotaba en el ambiente, hizo que el exasperado madrileño callase.

—Atiende, mozo —continuó el Pirata Negro, mirando con fijeza al que ante sí tenía—. Posiblemente hay confusión y el que a los tres nos hizo prisioneros, a dos o a uno liberará. Si soy yo, no quiero vivir con un enigma. Detesto las cosas faltas de claridad. Si sois vosotros los que quedéis libres, no quiero morir intrigado. Nunca ante nadie he experimentado la desazón inexplicable que me ha acomedido al verte dormir. No eras la fiera saciada. Eras... un niño confiado que sólo en el sueño encuentra paz. ¿Quién eres tú?

—¿Por qué yo que ante nadie tembló, ante ti huí? —replico, con voz contenida, Cheij Khan—. He pensado mucho después de que allá en la Montaña Solitaria me enfrenté contigo. No fué temor lo que me impulsó a huir. Fué la extraña certidumbre de que no podía darte muerte.

Miráronse en silencio padre e hijo.

Diego Lucientes masculló, enojado:

—Siga la conversa. Estamos los tres amarrados como pollos en próxima pepitoria, y vuesas mercedes hablando del ayer, de que si tal, de que si yo te quiero conocer y no sé de dónde... ¿Pierdes facultades, Pirata Negro? Y tú, chacal, ¿es que te ha trastornado el

seso, el bebedizo que te dió la rubia maldita? O va que no acierto. La rubia nos dió la breva, y, sin embargo, está por tus huesos, muchacho.

Sacudió la cabeza el Pirata Negro, cómo si pretendiera alejar pensamientos confusos.

—Razón tiene el pelirrojo. Los tres juntos ya sólo podríamos vernos espada en mano. Tú decidiste aliarte con “El Chacal”, Diego Lucientes. Y yo orden he dado de que sea hundido el “Islam”, sin parar mientes en si vas a bordo. Triste epílogo de nuestra larga amistad. Me has afrentado enfrentándome para ser la mano derecha de este... mozo que dispuesto está a ser maldecido por todo hombre honesto.

—Desde que eres el renombrado conde Ferblanc, malas migas podíamos hacer. Bien sabías que yo prefiero la aventura, el riesgo y el pabellón libre, sea la causa que sea.

—Engrosaréis, si libres quedáis, la flota de bandiduchos que se reúne en el apartado rincón de “Aguas Revueltas”. Y viva yo o no, exterminados seréis cuando la segunda legión irrumpa allá.

Para Gregor Fedoropoulos y Wilhelmina Delft lo oído era más que suficiente. También conocían las reacciones humanas para comprender que los tres que hablaban eran sinceros.

Diego Lucientes disponíase a replicar, cuando, viendo aparecer a la rubia beldad, exclamó:

—¡Repámpanos! Hora era ya de hablar con alguien, que anda y manotea. ¿Qué demontres es esta broma de pesadísimo sabor? No era preciso echarnos narcótico para aligerarnos de las bolsas.

Gregor Fedoropoulos avanzó hasta encararse con el madrileño.

—Queríamos saber si eras espía a las órdenes de tu antiguo amigo. Ahora quedaréis libres tú y el capitán Cheij Khan, y seréis conducidos a “Aguas Revueltas”, cuyo plano quité de tu bolsillo, capitán Cheij Khan. Lucero os acompañará.

—Yo no me voy estando este hombre preso —dijo Lucientes, y su mirada señalaba al Pirata Negro.

Éste rió sarcásticamente.

—Ocúpate de ti mismo, piratuelo. No supongas que, por sentirte valentón, iba yo a perdonarte...

—¿Qué hablas tú de perdonar? —vociferó, irritado, Lucientes.

Gregor Fedoropoulos, reservándose ulterior informe, decidió

intervenir.

—Lucero os acompañará a “Aguas Revueltas”, donde os veréis con el “Corsario Blanco”. Y en cuanto a ese hombre, también allá irá.

Mentalmente, forjó Lucientes su plan, cuando vió entrar en la sala a cuatro robustos espadachines.

En “Aguas Revueltas” aceptaría todo, menos admitir que muriera el Pirata Negro mientras él tuviera espada al cinto.

Los cuatro recién llegados desataron a Cheij Khan y a Lucientes, y abrieron los garfios de las argollas.

En pie, Cheij Khan miró al Pirata Negro.

Pero, ya enlazándose de su brazo, Lucero emprendía el camino fuera de la sala.

Diego Lucientes contempló un instante la barrera de cuatro espadachines, y sin comentario siguió los pasos de la pareja.

Tras él, cerrando la marcha, iban los cuatro esbirros.

Gregor Fedoropoulos quedóse solo ante el conde Ferblanc. Y como aventurero que había visto actos de todos calibres, permitióse filosofar:

—Amigos de ayer, los peores enemigos son, porque debe morder la ingratitud, conde Ferblanc.

—No te he preguntado la hora que era, Gregorio. ¿Crees quizá que porque esté en mala postura va a triunfar vuestro plan? Miles de españoles quedan, y si modestamente a veces reconozco tuve valor de cien españoles, otros tantos me substituirán, que ya no merece mando quien se dejó engatusar por los remilgos de tu Lucero.

—Un hombre cómo tú era demasiado peligroso. Un Ulises llevó a la zaga muchos apocados, que sin él no hubieran desafiado tormentas y zozobras.

—Bueno, vamos al grano, Gregorio. Tú serás pez gordo, pero lo habrá mayor, y mucha es mi categoría para perder tiempo contigo.

—Serás conducido a presencia del jefe supremo.

—Ese es el que quiero conocer.

—No creo que ni a ti mismo descubra su identidad.

—¿Cómo le llamáis?

—El “Corsario Blanco”. Eligió su apodo, como contrario al tuyo. Dijo que él sería tu vencedor y haría que se derrumbase toda tu

obra. Él te dará muerte y él hundirá tus legiones de mercenarios, por el soborno, la mujer y las armas. Muchos son los recursos de que disponemos.

—Oro, mujer y sangre: los tres pasatiempos humanos. Pero no nos pongamos pedantes, Gregorio. No sé si habrás oído decir que muchas veces han pretendido terminar conmigo, y no hay quien pueda. Supongamos que no eres inmune a las tentaciones. ¿Sabes lo que ofrecen al que permita conocer el paradero de "Aguas Revueltas"?

—No me vendo.

—Toda conciencia de traidor tiene su punto de fusión, como los metales. Más o menos calor de forja. Acompáñame a Santa Fe, y eres hombre rico.

—Más rico me hará el "Corsario Blanco".

—Mejor se come el pan bajo techo seguro, que el pastel en nave bamboleante.

—No insistas, conde Ferblanc. Yo soy aventurero por afán de riesgo. Considero casi obra mía la flota que se reúne en "Aguas Revueltas". Es obra inteligente, que no está a merced de precio alguno. Yo soy como el artífice que va moldeando su joya y ve como toma forma lentamente, destellando luces de obra maestra...

Desde la puerta, distendióse un ancho lazo de tela pardusca, rematado en nudo corredizo, que diestramente rodeó el cuello del griego; éste llevóse con rapidez las manos a la garganta presionada, mientras se volvía...

Pero la persona que había lanzado la tela corrediza untuosa y sabiamente esgrimida, irrumpió como un gigantesco felino, propinando un recio cabezazo en el pecho del griego.

Apenas derribado Gregor Fedoropoulos, el asaltante lo alzó en vilo para sentarle en escabel, dónde lo encadenó prestamente. Luego colocó mordaza hecha con pañuelo que sacó de la faltriquera del desvanecido preso y sólo entonces volvióse.

El Pirata Negro contempló con cierto asombro la exótica figura de Tartar...

El coloso avanzó, para detenerse ante Lezama, estólido el rostro, de triangular factura.

—Seas quien seas, libérame, que buen oro recibirás.

—Tengo que hacerte preguntas, conde Ferblanc —-replicó el

tártaro, pausadamente.

—Puede venir gente.

—Diez hombres quedaban al irse los que se fueron con mi capitán y su amigo. Todos quedaron estrangulados.

—Habrá alguno escondido.

—Registré la casa. La abandonan los servidores al terminar el juego.

—Pero… ¿por qué mantenerme prisionero?

—Soy Tartar, pobre de espíritu, y quiero esclarecer muchas cosas que no puedo comprender.

El aspecto del coloso complementaba lo absurdo de sus palabras. Carlos Lezama sonrió.

—Puesto que salvas mi vida, nada de mí debes temer.

—Preso estabas en cárcel de pesares, más dominante que la que ahora sufres. Jura que por tu vida y por lo que he de preguntarte salvarás la de Cheij Khan si en peligro estuviera.

—¿Un trueque?

—Lo es. Yo soy el lugarteniente de Cheij Khan.

—Juro por mi vida respetar la suya.

—Los pobres de espíritu vemos lo que es falso, conde Ferblanc. Crees hablar con un loco, y no lo soy. Soy un pobre de espíritu, y sólo te liberaré cuando seas sincero.

—A tu disposición estoy. Habla y terminemos pronto.

Capítulo X

La revelación

Tartar, como gigantesco ídolo sabedor de misterios, cruzó los brazos ante el pecho, separados los codos del busto.

—Tu nombre es Carlos Lezama.

—Sí.

—¿Hablas o lees el idioma persa?

—No.

Daba el Pirata Negro con rapidez sus respuestas, dispuesto a no manifestar el asombro que pudieran producirle las frases a su entender incoherentes del tártaro.

Deseaba terminar pronto para verse libre por obra de aquel hombre de raza desconocida por él. Y a cuya idiosincrasia especial atribuía su extraño proceder.

—¿Qué te recuerda el segundo mes del año diez?

Carlos Lezama palideció. Era la fecha grabada sobre la sepultura de su primer hijo...

—En febrero del año 10, un hijo mío llamado Carlos como yo, pereció ahogado intentando seguir la estela de mi velero.

—¿Lo enterraste tú?

—Tus preguntas son... ¡Acabemos! No lo enterré yo.

—¿Cómo sabes, pues, que era tu hijo el que murió?

—La esposa de Diego Lucientes recogió... el cuerpo destrozado de quien yace en lejana isla.

—Isla de Lanzarote.

—¿Leíste tú el epitafio que se conserva en la playa de la isla canaria?

—Nunca estuve en Lanzarote.

—Escucha, Tartar. Graves asuntos dependen de que me liberes

inmediatamente.

—El más grave de los humanos pesares es la aflicción que debe producir la pérdida de un hijo. Yo soy pobre de espíritu, pero he podido venir a hablarte porque el señor Lucientes me advirtió que si alguna noche, antes de las cuatro de la madrugada, él y mi capitán no iban a reunirse conmigo donde les esperaba, debía yo por todos los medios entrar en esta casa donde se disputan los hombres el oro, y procurar averiguar con cautela lo que de ellos era. Quiso explicarme que corrían riesgo. Por eso vine, pero les vi partir de esta sala, voluntariamente. Oí tu nombre, y pensé que debía hablar contigo. Cuando termine, gracias darás al pobre de espíritu que dará fortaleza a tu corazón y pondrá ilusión en tu vida.

—El tiempo apremia, Tartar.

—Me tratas con dulzura, como al niño que parlotea inocentemente. ¿Ves ese tatuaje que marca mi antebrazo?

—Muy bien dibujado. A punta de puñal. Expresa fidelidad a muerte a tu capitán, sentimiento de viril honra, aunque tu capitán por malos senderos ande.

—Mi capitán es un niño perdido en un bosque de perversos ramajes, porque no halló más pureza que un amor muerto, ni más amistad que la del señor Lucientes.

—Viéndole dormir… me produjo extraña impresión. Quizá, como dices, era el niño que, harto de viajar de día por negruras, recibe la negrura del sueño sin pensamientos, como un bálsamo.

—Hombres como tú, que día tras día han expuesto la vida, a nada conceden valor, conde Ferblanc. Hombres como tú, cuando aman se entregan por entero. Mucho debiste amar a tu primer hijo.

—Era… Lo era todo para mí. Su pérdida hirió mi alma, en llaga que nunca cierra.

—Debo explicarte lo que de su vida me contó Cheij Khan. No te impacientes. Diez hombres estrangulados no hacen ruido, y este que nos oye no puede hablar, porque le mataré. Me reconocería cuando me reúna yo con mi capitón.

—Pronto amanecerá, Tartar.

—Tú lo has dicho, conde Ferblanc. Pronto amanecerá. Cheij Khan tiene elasticidad de pantera, porque un domador árabe llamado Bu-Djema azotó sus tiernos huesos de niño de siete años con palos envueltos en trapos mojados.

—Costumbre de los que forman saltarines y funámbulos.

—Cheij Khan recibía como aditamento a su comida una sopa, el único manjar caliente. Contenía, como supo más tarde, droga de hierba, que le hacía olvidar su niñez, y adormecía sus instintos. Por eso Cheij Khan no puede remontarse más allá de sus siete años.

Un sudor frío invadió las sienes del Pirata Negro, que, olvidado de todo, estuchaba el solemne narrar del tártaro, como si estuviera bajo trance hipnótico.

—Bu-Djema mintió por dos veces a Cheij Khan. Cuando al chacal que domaba Cheij, dijo llamarle "Karls" para recordar su procedencia. Y cuando le dijo que era hijo de madre española y padre árabe asesinados por el Pirata Negro.

—Sigue... —murmuró Lezama, cuya garganta seca dió a su voz un estremecimiento doloroso.

—Cheij tenía tinieblas en el cerebro. Y sólo a veces, durante las largas travesías, me hablaba de espectros y enigmas que ahora comprendo, porque has dicho cuál es la creencia que te dieron a conocer sobre la muerte de tu hijo Carlos. Me narraba una pesadilla que sufría frecuentemente. Se veía luchando contra las olas en frágil lancha, donde había recogido a otro niño náufrago. El niño perdía el sentido, y Cheij se veía atándolo en red al fondo de la lancha. Después..., la pesadilla era un gigantesco velero aproximándose, y él nadando, nadando... Ya no recordaba más. Creía, sin embargo, ver arriba del velero el rostro gesticulante de Bu-Djema, su domador.

El Pirata Negro no hallaba palabras. Era como el ferviente fanático que desea creer en un milagro, y que está oyendo con místico recogimiento la voz de un oráculo sagrado...

—La tercera mentira de Bu-Djema fué cuando tatuó en el antebrazo de Cheij Khan unos signos cabalísticos que dijo ser amuleto de buena estrella. Eran los signos persas. Le pregunté a Cheij si sabía el persa. Lo ignora. No sabe, pues, que en su antebrazo izquierdo, al envés, tiene escritas las letras persas que yo he leído.

—¿Qué dicen?

—Tu voz tiembla, porque antes debió cantar en tu pecho la voz de la sangre. Dice el tatuaje: "Carlos Lezama. Lanzarote. Febrero, 10."

Tartar enmudeció, contemplando al hombre que, ante él,

inclinada la cabeza, no dejaba ver su rostro.

Pero los hombros anchos y poderosos hablaban un elocuente mensaje, y entonces Tartar, siempre en silencio, procedió a abrir las argollas que mantenían preso al Pirata Negro.

—He navegado entre hombres de todas razas y maldades, he conocido perversidades y dulzuras. Comprendí la futilidad de todo cuando en mi cabeza reinaron las tinieblas, después de ser derrotado al frente de una de las escuadras persas. Y al divisar por vez primera a Cheij Khan, cuando éste me venció en lucha a mano limpia, adiviné en él al jefe de nacimiento. Tu raza, conde Ferblanc. Después, presentí en él la voz de la sangre, que le impedía, pese a todo su odio acumulado, cometer maldad. Él lo atribuye a voz oculta, pero es la voz de la sanare que de ti hizo pirata caballeresco, y hoy paladín defensor de los débiles.

El Pirata Negro levantóse con lentitud, pero seguía con el montón reclinado sobre el pecho.

—Pero la voz puede enmudecer, y ni el señor Lucientes ni yo, que ambos hemos sabido ver en Cheij Khan al niño desamparado que trata de aturdirse por la aventura peligrosa, buscando saciar su rencor contra la estrella adversa, podríamos salvarle. No le he revelado cuanto a ti te he dicho, porque a ti te pertenece el secreto.

Con impulsiva emoción fundióse el Pirata Negro en recio abrazo con el tártaro, estrechando fuertemente sus recias espaldas.

—Como al santo que la vista me devolviera si ciego me quedara, a ti te digo, Tartar, amigo mío... ¡Pídeme lo que quieras! No hay pago por la felicidad que inunda mi pecho.

—No hay pago, Carlos Lezama.

—Debiste decirle a él... ¡que es mi hijo!

—No me pertenece.

—¡Ahora comprendo por qué Hart Mulliner le dijo que yo era quien mató a sus padres! Quiso vengarse de mí azuzándome a mi propio hijo...

—Cheij Khan tiene la cabeza a precio. Tú eres el conde Ferblanc. No puedes olvidarlo.

Rió el Pirata Negro con emoción de alegre e irradiante optimismo.

—¡En las propias barbas del rey mataría yo a quien se atreviera a tocar un cabello de mi hijo!

—Fué con una dama rubia y cuatro sujetos mal encarados.

—Iban a “Aguas Revueltas”... ¡Y ese genial titiritero que mueve los hilos de la trágica conspiración nos va a decir dónde está “Aguas Revueltas”!

Dió media vuelta para encararse con el griego amordazado.

Tartar, impasible, avanzó también.

—Para que padre e hijo se reúnan, dispuesto estoy a oficiar de verdugo. Tú pregunta, conde Ferblanc, y yo forzaré la lengua de este hombre.

El Pirata Negro, febril y dominando difícilmente la intensa emoción que le poseía, inclinóse sobre Gregor Fedoropoulos.

—¿Oíste, griego?... A todo estoy dispuesto: a traicionar al rey si preciso fuera, a servir de grumete al “Corsario Blanco”, a cuanta indignidad exista..., con tal de que mi chacal esté de nuevo frente a mí, y pueda yo decirle: “¡Hola, jabato; aquí estoy”! Y espalda contra espalda, al mundo entero desafiaremos, ¡si hay quien ose pedir cuentas a mi chacal!

Notas

[1] Véase “Aguas Revueltas”. < <

[2] Véase “Aguas Revueltas”. < <

[3] Ver La Casta Dorada. < <